

Presentación

La Corporación Educativa Combos en sus 20 años ha acompañado procesos de autoconciencia en derechos económicos y derechos sexuales y derechos reproductivos con mujeres empobrecidas, de áreas urbanas y rurales.

Desde el 2006 en alianza con la Escuela Nacional Sindical, la Corporación empezó a desarrollar el Concurso Voces y Silencios, que pretende fortalecer la autoconciencia de las mujeres mediante los procesos de reflexividad presentes en la escritura autobiográfica, lo que sin lugar a dudas posibilita visibilizar el dolor, encontrar caminos para tramitarlo, denunciarlo e identificar lugares de resistencia.

Es así como se cuenta con 55 relatos publicados en las primeras 5 ediciones del concurso. Estos relatos son ricos en vivencias que dejan ver el rostro de la miseria y la violencia, y permiten contemplar los resquicios por donde puede abrirse grietas al patriarcado. En este marco, pensamos que es importante no dejar los relatos simplemente publicados, sino que nos sirvan para comprender mucho más el mundo de la vida de las mujeres y avanzar en nuestras estrategias y dispositivos de acompañamiento.

Por lo anterior, nos hemos propuesto un ejercicio investigativo, haciendo la relectura de los textos como punto de partida, para identificar las categorías y los sentidos presentes; y construir dos artículos que recojan las experiencias de las mujeres en la escritura y la comprensión de sus vivencias femeninas como categorías emergentes.



“EL ROBO DE LA PIEL DEL ALMA Y EL REGRESO A CASA”¹

Gloría María Bustamante Morales²

Este artículo presenta algunos hallazgos de la investigación realizada por la Corporación Educativa Combos, desde los textos de las ganadoras del Concurso Voces y silencios: testimonios de mujeres trabajadoras.

En esta investigación se pretendió generar interpretaciones acerca del mundo de la vida de las mujeres, a través de los relatos publicados en sus primeras cinco versiones. La importancia de este objetivo radica en superar la mirada descriptiva y clasificatoria de las historias de las mujeres y adentrarse en relaciones de sentido desde dónde significar sus vidas. Esta intención se llevó a cabo desde un enfoque comprensivo con el método de análisis de contenido.

En todos los casos, el análisis de contenidos se aplica a producciones discursivas monológicas o dialogales, cuando se trata de discursos orales; se ha utilizado también para el análisis de producciones escritas. Su interés se centra por lo tanto y como su nombre lo indica, en los contenidos, es decir, en las diferentes representaciones simbólicas que se “ponen en evidencia” en un acto discursivo. Las categorías no se definen a priori; éstas surgen de la lectura que el investigador hace de los discursos que analiza. Es así como el texto escrito no es solo un lenguaje por descifrar, sino un entramado semiológico en el que todo “habla”, y en el que la labor de desciframiento habrá

de revelar la complejidad del mundo personal y social en el que el texto se inscribe, constituyendo así una unidad de sentido. (Luna, 2009).

El proceso investigativo tuvo tres momentos. En una primera parte de la investigación, se leyeron los libros de las 5 primeras versiones del concurso; identificando categorías temáticas que llevaron a profundizar en su revisión teórica.

En un segundo momento, fueron seleccionadas 5 historias (una de cada libro); se eligió un texto guía que pudiera enriquecer la comprensión; se hicieron memos analíticos para la interpretación y se construyó un sistema categorial con su respectivo análisis.

Y en un tercer momento, se realizaron 5 entrevistas a mujeres participantes del concurso, escogidas al azar, para indagar el significado que ellas le confieren al acto escritural. En este artículo lo que se presentan son los hallazgos correspondientes al segundo momento.

La selección de las historias se llevó a cabo teniendo en cuenta que ocuparan el primero o segundo puesto en el concurso, ya que eso denota, capacidad de autonarración, fuerza reflexiva y la inclusión de elementos de resistencia o prácticas de libertad. Para este análisis de las categorías

¹ Términos utilizados en el libro de Clarisa Pinkola *Mujeres que corren con los Lobos*

² Coordinadora del área de Investigación y Sistematización de la Corporación Educativa Combos. Magistra en Educación y Desarrollo Humano. CINDE-Universidad de Manizales.

se tomó de referencia el libro *Mujeres que corren con los lobos* de Clarisa Pinkola, por ser un texto que interpreta con profundidad y esperanza la vida de las mujeres. Aunque su interpretación es de corte junguiano, aquí la perspectiva fue más sociológica que psicológica. Por eso cuando hablamos de depredador, de raptó, de *"entregar la piel"*, lo hacemos en su sentido real y literal, no en un sentido psíquico. Aquí los depredadores son otros/as aunque para dejarlos actuar a veces, las mujeres dispongan de sus propios depredadores psíquicos.

En este artículo se exponen: el trasegar de las mujeres por múltiples depredadores que han amenazado su vida autónoma y creativa; la errancia como categoría comprensiva de las diferentes formas de desplazamiento sufridos por ellas; el trato a ciegas que establecen obligadas o por ingenuidad; *"la entrega de la piel"*, cumpliendo con el dictamen social, lo que ello implica, y los pasos para regresar a casa, la resistencia, la esperanza y el nuevo camino que las mujeres re-hacen luego de estar por mucho tiempo en el hades.

1. DE DEPREDADOR EN DEPREDADOR⁴

Tanto los animales salvajes como la mujer salvaje, son especies en peligro de extinción. [...] a lo largo de la historia, las tierras espirituales de la mujer salvaje han sido expoliadas o quemadas, sus guaridas se han arrasado y sus ciclos naturales se han visto obligados a adaptarse a unos ritmos artificiales para complacer a los demás (Pinkola, 2005. P.11). Fue usual encontrar, en diferentes momentos de las historias analizadas, lo que Pinkola ha

denominado "depredadores de la piel del alma". Personas o situaciones que obstaculizan la vida creativa, los proyectos de las mujeres, o que irrumpen violentamente en el cuerpo y la psiquis inmovilizando y objetivando a sus víctimas. Aquí llamaremos depredador en primer lugar a la cultura patriarcal que se ha encargado de devastar la libertad y la autonomía de las mujeres; de ella nacen otros que lo encarnan, como el padre, la madre y otras mujeres, la sobrevivencia y los violadores-abusadores que devastan el cuerpo y la lengua que representa el vínculo.


Las mujeres con sus voces y sus silencios pasaron por los ojos, por los sollozos y los asombros de quienes leímos sus relatos. Pasaron porque tenían que pasar, en letras, en narrativa pública. Para ser vistas, escuchadas, nombradas. Le dieron identidad a su historia y adquirieron una identidad narrativa. Se han desnudado y no hay teoría para acompañar su desnudez. Solamente sus voces y alguna reflexión que acentúe los significados que interpretamos.

LA CULTURA PATRIARCAL COMO DEPREDADOR MAYOR: A la sombra de sí mismas, a la sombra de otros.

La cultura es el primer depredador de las mujeres encarnado en el núcleo familiar, el padre, el esposo y algunas veces en los hijos. Se nace niña y ya están actuando las fuerzas del patriarcado sobre lo que será su destino. En las historias analizadas se encontró la sujeción de las mujeres a partir de la invisibilización de sus deseos y la imposibilidad de construir el propio destino. El "destino está trazado, solo queda resignarse".

⁴ Según la RAE depredar significa: Robar, saquear con violencia y destrozo. Para Pinkola el depredador natural se presenta en los cuentos de hadas simbolizado por un ladrón, un mozo de granja, un violador, un matón, y, a veces, una perversa mujer de muy variadas características.





“Mis abuelos eran muy rudos conmigo, a veces hasta maltratadores; me golpeaban las piernas con un palo y me decían que tenía que aprender a trabajar para que luego fuera una buena esposa”. (Gómez Marta A. en La pintora, 2007, p.18). La mayoría de las mujeres de estas historias se casaron muy jóvenes, para huir del atropello sufrido en su casa o por cumplir con el “único destino posible” y responder a un esposo elegido por padres o abuelos con el que debían permanecer sin importar el trato y el sufrimiento que ello les generara. “Mi abuela me dijo que era obligación mía estar al lado de mi esposo, que esa cadena no se podía romper porque cometería un pecado que arrastraría toda la vida”. (Gómez Marta A. en La pintora, 2007, p.21).

El patriarcado como máxima expresión de la cultura en contra de la autonomía de las mujeres, ha utilizado mecanismos crueles para coartar su libertad, y “por mucho que su alma le pida que mire, la cultura circundante le pedirá que se vuelva ciega. Y, aunque su alma quiera decirle la verdad, ella se verá obligada a guardar silencio”. (Pinkola, 2005, p.243).

A la mujer se le priva de ser pública, se le confina al espacio privado, al encierro, a la oscuridad. Y ella prefiere ser invisible a ser objeto de burla, abuso o maltrato. La invisibilidad es un robo a la piel del alma, porque lo que se esconde es la persona con su identidad, su rostro, su nombre. Es una mutilación tangible de la existencia. No se ve, no existe. No se toma en cuenta, detrás del rostro, pierde su palabra. Como lo indica Lagarde (2008), lo primero que se pierde con la falta de autonomía es la identidad.

“A veinticinco peones tengo que hacerles de comer, mañana y noche. No me puedo dejar ver de ellos, por

lo que tengo que dejar todo listo antes de que lleguen. Debo de estar escondida o si no tengo problemas: los empujones, las palabras feas y morbosas, los insultos. Yo como a la carrera, si es que lo hago... No tengo tiempo para descansar, hay que lidiar con cerdos, gallinas, perros, gatos, cargar leña y agua de muy lejos. Pero eso sí, no me puedo dejar ver”. (Gómez Marta A. en La pintora, 2007, p.21).

Los depredadores no toleran la condición de sujetas autónomas, libres y creativas. La cultura patriarcal depreda el protagonismo femenino. Siempre bajo la condición de objeto para explotar en el trabajo, para esclavizar. Las exclusiones en el mundo del trabajo son múltiples, desde un salario menor, hasta el acoso y abuso sexual, la competencia y el menosprecio de los compañeros.

“Era una jornada larga durante la cual me tocaba manejar el acoso sexual del jefe, y que me pagara cuando a él le pareciera, un salario que era una estafa. Eso sin contar con el machismo de mis compañeros, que siempre criticaban lo que hacía por el solo hecho de ser mujer. Por ejemplo aprendí a tallar la madera y fue muy difícil que accedieran a enseñarme porque consideraban que una mujer no tenía la fuerza necesaria para esta labor. Les demostré que tenía mucha capacidad para tallar cosas muy hermosas en madera”. (Betancur S. Jael, en Memorias de un recorrido, 2006, p.31).

Esta cultura patriarcal depredadora de la vida de las mujeres, tiene diferentes expresiones:

El padre encarna la primera depredación.

A veces a la mujer salvaje la vida le falla desde el principio. Muchas mujeres son hijas de unos progenitores

que en su infancia las estudiaban, preguntándose cómo era posible que aquella pequeña intrusa hubiera conseguido introducirse en la familia. Otros progenitores se pasaban el rato con los ojos en blanco sin prestar la menor atención a su hija o bien la maltrataban o la miraban con frialdad. (Pinkola, 2005, p. 233).

En estas historias, el padre ejerció múltiples violencias que afectaron no solo el cuerpo y la autoestima de las mujeres sino su acceso a mejores condiciones de vida.

“Al principio, cuando yo tenía como nueve años, me pegó con una correa, después me dijo que a mí no me valía la correa y que tocaba darme con un zurriago que lo sacaba del cuero de las vacas. Después dijo que había que darme con un palo. El último castigo fue como a los 15 años: cortó un palo de guayabo y le dejó punticos y cuando me daba salía el chorrito de sangre.” (Morales Z. Claudia, en Una jovencita que abrió su camino sola, 2010, p.51).

Lo que se ha llamado violencia intrafamiliar, en realidad tiene rostros concretos, es una violencia ejercida en su mayoría contra niños y niñas y contra las mujeres, por parte del padre o del “hombre de la casa”. Se somete a golpes el cuerpo y aparece el miedo que somete a su vez las elecciones y las decisiones.

“A mis hermanos sí los dejó estudiar... A mí me dijo que cuando terminara segundo no podía estudiar más [...]. Mi mamá mandaba el almuerzo y yo salía de la escuela y se lo llevaba a mi papá y me quedaba trabajando con él. Pero un día se enfermó, se quedó en la casa y dijo que para dónde me iba todas las mañanas, mi mamá le respondió que yo estaba estudiando y él se enojó mucho, dijo que

yo ya sabía firmar y que para tener hijos no necesitaba más que trabajar con él todo el día, pues había mucho que hacer”. (Morales Z. Claudia, en Una jovencita que abrió su camino sola, 2010, p.51).

El depredador limita los sueños, les roba la oportunidad a las mujeres de aprender. Oponerse a su socialización es promover el círculo de la pobreza y la ignorancia que la tendrá sujeta a la violencia.

“Llegó el día en que mamá le dijo a mi papá que vendiera una carga de yuca para hacerme la fiesta de mis quince, pero él dijo que no, que yo no merecía nada, mi mamá le insistió como ocho días, pero siempre dijo que no”. (Morales Z. Claudia, en Una jovencita que abrió su camino sola, 2010, p.51). El padre con su poder interrumpe un ritual de iniciación, de ingreso a la vida adulta, de presentación en sociedad. El desprecio genera inseguridad, dolor y baja autoestima. Otra depredación del alma. Algunos padres encarnan la figura central del patriarcado, se roban la piel, el cuerpo, la palabra y la energía vital de las mujeres que les acompañan.

La sobrevivencia como depredador.

Si la mujer ha vivido “medio muerta” es más proclive al depredador. Las mujeres de Voces y Silencios han tenido una niñez dura, trabajan largas jornadas, algunas veces sin poder hacer otra cosa, abandonando la escuela y el juego, creciendo aceleradamente.

“Mi hermano, un primo y yo salíamos a vender en el barrio. No era una cosa fácil, de hecho prefería el “recorrido” que vender. Al principio me daba mucha pena pero sabía que era una responsabilidad con mi mamá y mis





hermanos más pequeños, pues con el dinero producido podíamos comprar las cosas que no se encontraban en las canecas de la basura”. (Betancur S. Jael, en Memorias de un recorrido, 2006, p.29).

Ya adultas siguen trabajando para sobrevivir y cuidar de su familia, sin tiempo para desarrollar su vida creativa. El empobrecimiento se encarga de depredar las posibilidades de desarrollar otras esferas humanas, como la lúdica y la cognitiva y pone a prueba esferas como la erótico-afectiva y la ético-moral.

“En esa niñez de trabajo yo tenía dos vestidos y con ellos pasaba todo el año. No tenía derecho a crecer, pues si aumentaba de peso o de talla tendría que ponérmelos estrechos. La ropa interior era un remiendo sobre otro que siempre tallaba. Los recuerdos duelen, también tallan el alma”. (Gómez Marta A. en La pintora, 2007, p.18).

No son solo los efectos materiales del empobrecimiento, son los efectos en la dignidad de la persona. Lo que se depreda es el espíritu, el acceso a una vida digna. El empobrecimiento destruye una forma de vida posible, desde la garantía de los mínimos derechos.

Esta condición de no hombre (de no persona) y del no reconocimiento por los otros de su condición de hombre (de persona) que lleva a la destrucción del pobre, aparece claramente manifestada en cinco expresiones que el pobre repite y que son como la introyección de la destrucción que la sociedad le ha impuesto. Son las siguientes: “Uno por ser pobre, no es nada, no puede nada, no vale nada, no sabe nada, no tiene nada”. (Carrasquilla, 1996. p.35)

La destrucción existencial que genera la pobreza, se produce cuando la premura por la sobrevivencia desplaza

otro tipo de actividades o relaciones que no están mediadas por la producción y la mujer queda a merced del mercado.

“Me llevó a trabajar con un cajón en las quebradas, el agua me llegaba a la cintura, cuando no se podía “minear” por el invierno me ponía a coger café, sembrar maíz, desyerbaba el café, me llevaba con él a sacar madera de los palos más grandes con un serrucho de esos largos que había que coger entre dos, cargaba leña, arrancaba yuca”. (Morales Z. Claudia, en Una jovencita que abrió su camino sola, 2010, p.52).

Las dificultades de la sobrevivencia sumadas a la concepción que se tiene de las mujeres, hacen que desde niñas sean explotadas y consideradas mano de obra que nadie paga.

“Conseguimos marranas de cría y a mí me tocaba partearlas, me tocaba quedarme toda la noche esperando que nacieran los marranitos. Empecé a hacer empanadas y pasteles de pollo, sacaba una mesa a la calle para vender. Trabajé dos años, pero me empecé a enfermar, me daban unos dolores de cabeza muy fuertes y se me hinchaban las manos”. (Morales Z. Claudia, en Una jovencita que abrió su camino sola, 2010, p.55).

Ellas aprenden a estar al servicio de los demás, a no cuidar de sí mismas, a no preocuparse por su salud.

“Lo que hasta ese momento me había dado para sobrevivir se vuelve insuficiente, así que empiezo a doblarme, a rebuscarme, a reinventarme. Empiezo a hacer rifas, a vender productos de revistas que en muchas ocasiones termino pagando yo misma, a buscar trabajos

por temporadas en los almacenes. A ayudarle con el aseo a las vecinas más próximas. Todo, para que ese niño creyera que uno viene al mundo es a jugar. No sabía, y en realidad no tenía por qué saberlo, que a esta tierra se viene es a luchar desde que eres un crío, sino quieres que la pobreza te arrincone y termine por aplastarte". (Mejía Á. Mary, en Amasando mi vida, 2008, p.14).

El capitalismo, como expresión también del patriarcado, esclaviza a los seres humanos y aumenta la brecha entre ricos y pobres, poniendo a las mujeres cabeza de familia en doble condición de discriminación y haciendo que su existencia gire solo alrededor del trabajo, la mayoría de las veces en el sector informal. El sistema económico actual, depreda el femenino, la naturaleza, la vida creativa de las mujeres, la espiritualidad, dejando espacio solamente a la producción, a la sobrevivencia. Aquí se expresa con fuerza la categoría de clase de esta investigación: todas las mujeres participantes en Voces y Silencios, pertenecen a los estratos 1 y 2, provienen en su mayoría, del campo y han sido desplazadas forzosamente por causas de pobreza o de violencia armada.

"Empiece a madrugar para comprar los materiales, a cocinar el maíz, vaya a la revueltería a conseguir los materiales para el guiso, caliente el aceite, arme, frite, empaque, venda, reparta". (Mejía Á. Mary, en Amasando mi vida, 2008, p.14). Este contexto hace que tengan que vender su vida, sus deseos, sus aspiraciones y hasta su cuerpo, para poder dar de comer a su familia. La figura masculina como responsable dentro de la familia, vuelve a estar ausente. "Un depredador mayor ayudado de otros depredadores". Esto se ha dado en llamar la feminización de la pobreza, que quiere representar cómo la pobreza tiene rostro concreto y quienes más la padecen y más luchan contra ella son las mujeres.

Depredadores del cuerpo.

En casi todas las historias se suman nuevos depredadores que tratan de someter a las mujeres por la vía del cuerpo. Violaciones, acosos sexuales, de los cuales algunas mujeres logran liberarse, siguiendo el poder de su intuición, cuidando de sí mismas, huyendo o enfrentando al victimario y otras no pueden escapar.

"Esa noche me perdí, caminé mucho pero no encontré la casa. Le dije a un soldado que ya había entregado el arma, que me acompañara. Caminamos mucho pero no encontramos la casa. Nos sentamos a la orilla de un río a descansar, cuando llegó un señor negro y nos amenazó con un cuchillo. El soldado se fue y me dejó sola. Ese hombre me dijo que me iba a violar, que si gritaba me mataba y me tiraba al río. Estaba muy asustada, yo era virgen, me puse a llorar y a gritar pero él me pegó en la cara y me reventó un diente. Hoy en día me atormenta cada que me miro en el espejo y veo ese diente amarillo y salido hacia delante que me acuerda de esa pesadilla. Después de eso yo casi no río, porque me da pena que vean ese diente". (Morales Z. Claudia, en Una jovencita que abrió su camino sola, 2010, p.53).

Las huellas de una violación no solo quedan en el alma, se hacen visibles, hay situaciones, señales, cicatrices que las recuerdan, que las actualizan. El comportamiento de abuso y violación permitido, admitido, coadyuvado por toda una sociedad, deja al descubierto el lugar del cuerpo de las mujeres en la cultura patriarcal. "Cuerpo instrumento", que ha sido vaciado de significado en medio de relaciones de poder y dominio. Despojada de pertenencia propia, de intimidad, de límites. Puesto en la condición de objeto del deseo ajeno al cual se puede acceder por la vía de la persuasión, del abuso de poder





o de la violencia. Se ha hecho explícita la ruptura con el límite del cuerpo de la mujer. Y pasa a ser implícito el permitir en silencio que ello suceda. Ahora la mujer debe protegerse, vivir alerta y defenderse del depredador.

Su cuerpo “no le pertenece”, le pertenece a la cultura patriarcal, al hombre, ella no tiene cuerpo, es decir, ella no es. La violación interrumpe la relación de ella con ella misma. Quiebra la sucesión de lo femenino. A una mujer violada lo primero que se le rompe, que se le quita es la palabra, su palabra (su NO) no cuenta. Le han cortado la lengua y por tanto se rompe el entre-nos. La despojan de su comunicación con ella misma y con el mundo. Se le quita su capacidad de autodeterminación. Muchas veces el resultado es el aislamiento.

“Recuerdo un día que me dijo: “baje por los panes abajo”, donde quedaba la producción. Yo cogía el charol con rollos y panes, y mi patrón a mi lado: “suba”. Comenzaba a subir, cuando me llamaba: “¡hey, hey!”. Mis ojos voltiaban a donde él, y allí estaba agachado, mirándome los cucos. Se reía tan feo. Para colmo, el uniforme verde de minifalda. Y además sin seguridad social, ni sisbén tenía, pues no sabía qué era eso ni que existía”. (Carvajal C Martha, en El amor y el odio, 2011, p.17).

En casi todas las historias de Voces y Silencios, las mujeres refieren explotación laboral acompañada de abuso sexual. Es como si las mujeres fueran objetivadas por completo, un cuerpo que “me sirve gratis o a bajo costo, un cuerpo para mi beneficio, para mi placer”. No es solo “la mano de obra barata” es “el cuerpo de goce gratuito”.

“Luego el matrimonio, ¡qué calvario! Salí de las brasas a las llamas. Era un hombre muy celoso y un bruto. Esa

primera noche me violentó como le dio la gana. Apenas yo me puse a llorar de vergüenza y de dolor me preguntó que si yo era señorita. Yo le contesté que no, que si fuera señorita estaría de maestra enseñando en la escuela... que si no veía que yo no sabía coger siquiera un lápiz. ¿Acaso él no se daba cuenta de que era la primera vez que me ponía unos zapatos?” (Gómez Marta A. en La pintora, 2007, p.20).

Muchas mujeres son depredadas por ignorancia, por falta de oportunidades educativas, consecuencias del empobrecimiento y del patriarcado, por inocencia, por no saber “nada de la vida” y ese asalto inesperado, violento, deja huellas imborrables.

El rapto entre mujeres.

Cualquier mujer es una enemiga en potencia; cada una disputa a todas las demás un lugar en el mundo a partir del reconocimiento del hombre y de su relación con él, de su pertenencia a sus instituciones sociales y al amparo del poder. (Alborch, 2002. p. 24).

Las mujeres aprendemos a rivalizar a través de la relación con otras mujeres, con los hombres, con la cultura y los medios de comunicación.

“En este infierno me aprendí a defender de las compañeras, que celosas de los clientes me atacaban con pico de botella en mano. Y yo sacaba mi O7, la navaja, y me les enfrentaba, o a pata, puño, del pelo barríamos el bar”. (Carvajal C. Martha, en Entre el amor y el odio, 2011, p.20).

La sociedad patriarcal ha puesto a las mujeres a competir entre sí, por belleza, por el amor de un hombre, por poder,

entre otros. Algunas mujeres caen en la trampa y desde el mundo laboral donde se presenta evidentemente una competencia por “los clientes” o por el dinero, la situación empeora.

“Me hizo la vida imposible, me gritaba por todo, un día dijo que le faltaban unos interiores y que yo se los había robado, a los días aparecieron enterrados al lado del lavadero que estaba en el patio donde había árboles de mamoncillos muy grandes, ella me pegó en la cara.” (Morales Z Cluadia I, en Una jovencita que abrió su camino sola, 2010, p.55).

Cuando una mujer se vuelve depredadora de otra, en realidad se depreda a sí misma, su identidad pierde la capacidad de albergar a otra diferente pero similar. Se hace daño y con ello al mundo de lo femenino.

En los textos fue reiterativo encontrar a la madre entre la protección y la complicidad del depredador. No solamente hay depredadores sino también personas que facilitan o consienten el robo de la vida interior de las mujeres. Así, vemos depredadoras en las madres de estas mujeres que tienen la tarea de iniciar a sus hijas en la vida, pero ellas mismas no han terminado su propia iniciación⁵.

La intuición es enseñada por la madre o hermana mayor, la mujer salvaje aprende de ella, pero ¿sí ellas tampoco la escuchan? La madre a veces es ingenua, está dormida y se convierte en cómplice o ante el miedo utiliza la estrategia de la huida o la de la irrealidad.

“Acuéstese al rinconcito, dijo mi amá. Esa noche tan larga y amarga para mí. No sabía por qué el tío me estaba tocando por todo mi cuerpo y mi vagina, no sabía si gritar o correr, pero pudo más el miedo. Al día siguiente le conté a mi amá y dijo: -fue que lo soñó-. Salí como alma que lleva el diablo y me senté en un palo de café con mi corazón y alma destrozados. Lloré tan duro como pude y me revolqué debajo del palo, en el piso lleno de hojas secas... como gusano. Regresé y continué soplando el jogón con mucho humo, entre el amor y el odio por mi amá.” (Carvajal C. Martha, en Entre el amor y el odio, 2011, p.15).


Algunas madres no tienen la fuerza para irse en contra de los depredadores, sin embargo hacen lo que pueden, en algunos casos les ayudan a las hijas a encontrar lugar fuera de casa, tal vez para mantener su hogar “libre de conflictos”.

En la actualidad muchas madres siguen actuando de acuerdo con los antiguos temores de las mujeres que las han precedido a lo largo de los siglos; ser excluida de la comunidad equivale a ser ignorada y mirada con recelo en el mejor de los casos y ser perseguida y destruida en el peor. Una mujer en semejante ambiente suele intentar moldear a su hija de tal manera que se comporte “como es debido” en el mundo exterior... esperando con ello salvar a su hija y salvarse a sí misma del ataque. (Pinkola, 2005, p. 245).

“Le cogí rabia a mi papá, pues donde él no hubiera sido tan duro conmigo no me hubieran pasado tantas cosas.”

⁵ Según Pinkola, una iniciada es una mujer que está iniciando un nuevo camino, que está siendo instruida. Una iniciadora es una persona que está entregada a la difícil tarea de explicar lo que sabe acerca del camino, que indica la manera y guía a la iniciada para que pueda afrontar los retos y aumentar su poder.





Cuando se enteró de lo que me pasó (violación) dijo que yo no podía volver a la casa, que eso me pasaba por rebelde. Mi mamá me llevó donde mi mamita mientras me recuperaba, me demoré un mes en esas porque me daban unas hemorragias muy fuertes. Cuando me sentí bien mi mamá me trajo a Medellín". (Morales Z. Claudia I. en Una jovencita que abrió su camino sola. 2010, p. 53).

La misma madre que dice no creerle a su hija ante una denuncia de violencia sexual, le procura amorosos cuidados. Esta madre representa la ambivalencia. Por un lado, mantener la aceptación de la familia, por otro, el miedo a que su hija y ella sean castigadas y por último, el amor instintivo por esa hija. Entre el amor y el odio por la madre, transcurren muchas de las historias de Voces y Silencios.

"Una navidad mi amá le dijo a mi apá: "cómpreles una hebillitas a las muchachas". Mi apá, bravo, dijo que no. Mi amá triste, yo la veía que cosía algo pero no me fijaba qué, pues normalmente remendaba la ropa que se rompía, les ponía un pedazo de tela de otro color; parecía un disfraz de payaso. La nochebuena del 24, al amanecer, vi una hermosa muñeca de trapo a mi lado. Qué felicidad, qué dicha, a mis nueve años mi primera muñeca. Jugué con ella casi todo el día. De repente la miré bien, cuando vi su ropita era igualita a mi ropa. Le dije a mi amá: el niño de Dios me quiere tanto que me la trajo igualita a mí... Mi amá soltó el llanto pero no dijo nada. Eran sus manitas llenas de callos y dedos trompudos que habían hecho esta verdadera obra de arte". (Carvajal C. Martha, en Entre el amor y el odio, 2011, p.14).

Algunas mujeres en sus relatos se preguntan dónde estaba la madre cuando sufrían o qué papel cumplían

en el mantenimiento de ese sufrimiento. Mencionan la ausencia del padre, pero pocas la cuestionan o la relacionan con su "suerte".

"Entre pincelada y pincelada regreso allá, a la finca, al cafetal... Es sábado. Hace mucho que mi madre no venía a visitarme. La última vez fue hace como tres o cuatro años. Cargo un bulto de leña al hombro. Ella va cerca de mí. Me tropiezo y me veo rodando cañada abajo. Mi madre trata de alcanzarme, pero no puede... un gran tronco evita que me vaya peñasco abajo... iseguro de allí no me sacarían viva!... Entre preguntarme por qué me pasaban esas cosas y renegar por existir, sentí miedo y también la falta de esa mamá que no estuvo conmigo, que no me acompañaba. Me dolía saber que ella estaba con otros hermanos y que yo estaba muy lejos de todos ellos". (Gómez Marta A. en La pintora, 2007, p.19).

La madre con sus luces y sus sombras, es una figura central dentro de los relatos. Tal vez lo que se reproduce con las pares es de alguna manera la relación con la madre. Relaciones llenas de reproches, agresiones, pero también de amor y sororidad. Pese a todo Pinkola reconoce la potencia que implica simbólicamente "dejar morir a la madre demasiado buena", ello motiva a las mujeres a "Emprender las tareas de actuar con autonomía y desarrollar la propia conciencia del peligro, la intriga y la política. Ponerse en guardia por sí misma y para sí misma. Dejar morir lo que tiene que morir. Cuando muere la madre demasiado buena, nace la nueva mujer" (2005, p. 115)

2. LAS MÚLTIPLES ERRANCIAS

Recordemos que el patito [se refiere al cuento del patito feo] huyó tras haber sido torturado sin piedad.

Después tuvo un encuentro con una manada de gansos y estuvo a punto de morir a manos de unos cazadores. Lo expulsaron del corral y de la casa de un granjero y, finalmente, llegó temblando de cansancio a la orilla de un lago. No existe ninguna mujer entre nosotras que no conozca esta sensación. Y, sin embargo, este anhelo es el que nos impulsa a resistir y a seguir adelante sin ninguna esperanza. (Pinkola, 2005, p.264)

Errancias para no dejarse robar la piel, ni los sueños, errancia para salvaguardar la vida, errancia como promesa de un mejor futuro. ¿Será que todas las errancias son huida y promesa?, ¿Será que todas son ruptura y esperanza?

2.1 La errancia como un camino para mantenerse en casa o la desobediencia a la orden del depredador.

Muchas mujeres ni siquiera han recibido las lecciones básicas que una madre loba les da a sus crías acerca de los depredadores, como, por ejemplo: si es amenazador y más grande que tú, huye; si es más débil, decide qué es lo que quieres hacer; si está enfermo, déjalo en paz; si tiene púas, veneno, colmillos o garras afiladas, retrocede y aléjate en dirección contraria; si huele bien, pero está enroscado alrededor de unas mandíbulas de metal, pasa de largo. (Pinkola, 2005, p. 70)

Ante un depredador que roba los sueños y las posibilidades de una vida distinta; ante una madre cómplice porque no tiene la suficiente fuerza para oponerse al robo, o porque a ella misma le han robado su posibilidad de ser, de hacer, no queda más que huir para salvarse. En las historias hay mujeres que van de un lado para otro, de casa en casa huyendo del depredador.

“Estuve unas semanas donde mi mamita, ayudándole en la tienda y en la cocina. Pero ella me mandó a trabajar a una finca donde vivía un señor solo que quería dormir conmigo, toda la noche me molestó y yo le dije que no quería nada con él. Apenas se durmió me fui, caminé como tres horas. Cuando salí a la carretera pasaba un bus de Coonorte y le dije al conductor que me trajera para Medellín por la mitad del pasaje”. (Morales Z. Claudia I. en Una jovencita que abrió su camino sola. 2010, p. 53).

Algunas mujeres se sostienen, saben lo que quieren o lo que no quieren, buscan, van, vienen, para no perderse, para no perder el camino hacia sí mismas. Tienen fortaleza en su propia identidad, no se quedan calladas, denuncian al violador y a quienes intentaron hacerles daño y finalmente siguen caminando. No solo como huida, como búsqueda, sino como un acto de resistencia.

“Desde ese momento y siempre que pasaba por aquel sitio (universidad) pensaba que algún día yo entraría allí, a miquear en los árboles y estudiar para ayudarle a mi mamá. Para conseguir esto me tocó esforzarme y trabajar mucho, incluso ir en contra de las ideas de mi padre, lo que me implicó muchas peleas, hasta el punto de tener que irme a vivir con mi abuela materna que también estaba dispuesta a ayudarme y me animaba a seguir adelante”. (Betancur S. Jael, en Memorias de un recorrido, 2006, p.29-30).

La errancia en este sentido es un continuo lanzarse al mundo. Y ese lanzarse ayuda a establecer la existencia. Muchas mujeres empiezan a existir cuando deciden abandonar su casa y en lo sucesivo, vuelven a lanzarse al mundo cada que necesitan conservar su identidad, sus sueños, proteger su cuerpo, el mismo que les ratifica que existe.



[...] en caso necesario las mujeres pintarán el azul del cielo en los muros de las cárceles. Si se queman las madejas, hilarán otras. Si se destruye la cosecha, sembrarán inmediatamente más semillas. Las mujeres dibujarán puertas donde no las hay, las abrirán y las cruzarán para entrar en nuevas maneras y nuevas vidas. Las mujeres perseverarán y prevalecerán porque la naturaleza salvaje persevera y prevalece. (Pinkola, 2005, p. 265-266)

2.2 La errancia a empujones.

"Trabajaba con mi apá y mis hermanas Estela y Yolanda en Apía, Risaralda, tierra que nos adoptó cuando nos vinimos de miedo de la chusma o guerrilla del Caquetá. La violencia nos obligó a venirnos sin documentos, como N.N., pero mi apá nos registró de nuevo en Pereira, como nacidas allí. ¿Cómo? no lo sé". (Carvajal C. Martha, en Entre el amor y el odio, 2011, p.13).

Esta errancia, aunque también pretende preservar la vida, implica un desarraigo total. No queda nadie en casa, todos se han ido y las promesas de regreso no son ciertas. El miedo y la impotencia acompañan este destierro. Todo ha quedado atrás, los animales, los amigos, el colegio, la cultura propia, la tierra, la casa y los objetos más preciados.

"Llegaron los paramilitares. Mataban, robaban, obligaban a los campesinos a abandonar sus tierras. Nos pidieron dinero, el cual no teníamos, motivo y gran delito de nosotros, y por esto le arrebataron la vida a mi esposo, dejándome viuda a mis 18 años, un 12 de diciembre y delante de nosotras. A mí me amenazaron de muerte y me obligaron a salir de mis tierras en ese instante, con fusil en mano, y me contaban: 1, 2, 3, 4, 5... Salí corriendo

horrORIZADA con mi hija en brazos, que era lo único que me quedaba, pues igual que la ternera, queríamos vivir. Nos desplazamos en silencio a Pereira, donde Estela mi hermana, que me tendió su mano". (Carvajal C. Martha, en Entre el amor y el odio, 2011, p.17).

Ir a cualquier lado, a donde haya un campo disponible, una mano, una esperanza de hogar. Mujeres solas, viudas, comenzando de nuevo, varias veces, una nueva vida, vacías, sin nada entre las manos, despojadas, protegiendo la vida, la suya y la de sus hijos/as. Con varios muertos por llorar, otros por enterrar y otros sin confirmar. Así viven, así conviven con la muerte y la injusticia las mujeres de estos relatos.

"Lo único cierto es que la casa, producto de tanto esfuerzo, no la puedo habitar. Soy desplazada por uno de tantos grupos armados de este país en donde se apoya al victimario y la víctima no puede ni hablar. La impunidad nos cubre como un manto del mismo firmamento". (Gómez Marta A. en La pintora, 2007, p.23).

Se deja la casa, el sueño de tener abrigo, la promesa de poseer algo, de tener pertenencia con la tierra, seguridad de permanencia, protección de cobijo. Y... nadie responde por esta expropiación, solas frente a un rostro que todos conocen pero que nadie señala.

Sin embargo como lo precisa Pinkola

La marca distintiva de la naturaleza salvaje es su afán de seguir adelante. Su perseverancia. No se trata de algo que hacemos sino de algo que somos de una manera natural e innata. Cuando no podemos prosperar, seguimos adelante hasta que podamos volver a prosperar. Aunque

estemos apartadas de nuestra vida creativa, aunque nos hayan expulsado de una cultura o de una religión, aunque estemos sufriendo un exilio familiar, un destierro por parte de un grupo, un castigo a nuestros movimientos, pensamientos y sentimientos, la vida salvaje interior seguirá y nosotras seguiremos avanzando. (2005, p. 265)

2.3 La errancia de la sobrevivencia

“Como judíos errantes o nómadas, de esta finca pasamos a otra por Dabeiba, pasando La Llorona, en un punto llamado Alto Bonito, una finca con ganao y muchas culebras, pero también vecinos distintos para mí... En esos días me llamó Ángel, un primo de Medellín, y me dijo “véngase que yo le ayudo”. Empaqué algo de ropa y me vine sin pensar. Lejos estaba de saber que saldría del fuego y caería en el brasero”. (Carvajal C. Martha, en Entre el amor y el odio, 2011, p.15).

Otro de los rostros de la errancia es la pobreza, salir del terruño para tener mejores condiciones de vida, buscar los derechos, porque no llegan a las veredas distantes, porque no hacen parte de la agenda política. Ir tras ellos como una promesa incumplida y lejana, buscar no sufrir de hambre y enfrentarse con otros dolores en la ciudad, ciudad de nadie. Esta es la errancia de la tierra prometida.

“Después fue un peregrinaje de finca en finca. Aunque ya no le hacía de comer a tantos peones, las labores de la casa eran muy duras y más en el campo con la escasez de agua, leña y con qué alumbrarnos. Pero el ser humano lucha por sobrevivir, trata de romper barreras, se aferra a veces a los imposibles... Con el cansancio y lo poco que poseíamos mi esposo y yo decidimos probar suerte aquí en la ciudad”. (Gómez Marta A. en La pintora, 2007, p.21).

Las mujeres de Voces y Silencios viven también la errancia laboral. Ella, supone tratar de escapar a la explotación, buscando condiciones dignas que les permitan vivir tranquilamente. La mayoría, combinan trabajos formales con la economía informal, sin embargo son tan mal pagos los formales como los que no lo son. No son vinculadas a la seguridad social, trabajan extensas jornadas y están expuestas a todo tipo de propuestas.


“También anduve de taller en taller esperando encontrar un patrón como el anterior. Así trabajé con Rosa, Marina, Fabiola... con la una ocho meses, un año, dos años, donde me explotaron como quisieron; no me pagaban ni el mínimo, tenía semanas en que sólo conseguía para los pasajes. Eso era ir a enriquecer a unos o a otras sin recibir nada a cambio”. (Gómez Marta A. en La pintora, 2007, p.22).

3. EL TRATO A CIEGAS

Por más que no queramos reconocerlo, el peor trato de nuestra vida es siempre el que hacemos cuando perdemos nuestra sabia vida profunda a cambio de otra mucho más frágil; cuando perdemos los dientes, las garras, el tacto y el olfato; cuando abandonamos nuestra naturaleza salvaje a cambio de una promesa de riqueza que, al final, resulta vacía. (Pinkola, 2005.p. 549)

El trato a ciegas se refiere a un convenio desventajoso que se establece por ingenuidad o por ignorancia de una de las partes. Con frecuencia a la mujer se le convence de que está desvalida y que necesita ayuda. Se le ofrece mejor vida, estabilidad, compañía, protección, pero ella no calcula el precio que tendrá que pagar a cambio y así se relaciona con diferentes tipos de depredadores como lo vimos anteriormente.





“Entre fritos, envueltos y envíos, descubrí el amor. Ese amor que te hace soñar con amaneceres posibles. Amé con tal intensidad que hasta creí por un instante que podría hacer del trabajo una aventura. Pero el ogro no olvidaba sacar sus garras y exhibir sus dientes. Y me hizo gritar, con esos gritos a los que, supuse, ya estaba genéticamente acostumbrada. El amor se quitó su vestido de fiesta, al descubrir que estaba en embarazo, y salió corriendo en busca de amores menos comprometedores”. (Mejía Á. Mary, en Amasando mi vida, 2008, p.14)

Algunas mujeres no han identificado aún la trampa que supone sentir que se necesita del hombre para ser feliz, por ello anteponen incluso a su intuición, un tipo de relación que no les hace bien, que las coarta, que las abandona en los momentos más difíciles.

“Recostado en una pared, en frente de nosotras estaba él... ese que sería mi esposo. Era la primera vez que yo veía a alguien así, mayor de edad, de presencia agradable; impecable siempre, pues hasta para trabajar usaba ropa blanca. Mi abuela se le acercó y lo saludó. Él no me quitaba los ojos de encima. No sé qué le dijo ella, pero a los pocos días él estaba en mi casa, de visita. Mi abuela me hacía poner el vestido bueno, que era de boleros y muy ancho, de mangas al codo y enaguas. Fueron siete meses de noviazgo, con visitas cada quince días que no eran para una novia sino para toda la familia”. (Gómez Marta A. en La pintora, 2007, p.20).

“A mis 16 años mi apá me casó con un vecino” (Carvajal C. Martha, en Entre el amor y el odio, 2011, p.16). En nuestra cultura, anteriormente las mujeres eran casadas por sus padres o abuelos, sin ninguna consideración frente al deseo de ella o al amor. Era una transacción, una

oportunidad económica o simplemente la búsqueda del mejor partido, representado casi siempre en un hombre mayor y con posibilidades económicas. Este trato no lo cierra ella, la mujer es simplemente un objeto que se promete y que debe cumplir con unas obligaciones. A ciegas participa de un trato planteado y cerrado por otros. Sabe que es un trato desventajoso puesto que la compromete y no participó en él, sin embargo no tiene fuerza moral, ni psíquica para oponerse.

Como lo indica Lagarde (2008. P. 2) la opresión de las mujeres encuentra en el amor uno de sus cimientos. La entrega, la servidumbre, el sacrificio y la obediencia, así como la amorosa sumisión a otros, conforman la desigualdad por amor y son formas extremas de opresión amorosa.

“Mi mamita me advirtió que él era un borracho y enamorado pero a mí me gustaba. Cuando estaba borracho me dedicaba canciones y yo le decía que si quería tener algo conmigo tenía que dejar el trago” (Morales Z. Claudia I. en Una jovencita que abrió su camino sola. 2010, p. 54).

A veces las mujeres hacen tratos optando por la desventaja, aunque las iniciadas mayores, como en este caso la abuela, den aviso de la inequidad o del grave error en el que podrían incurrir. Ingenuidad, inexperiencia o imprudencia, se van con el depredador. Las mujeres se engañan y pasan por alto su intuición, volviéndose presa fácil.

Algunas no pierden la piel, ni siquiera se la roban sino que la ceden para cumplir con los preceptos de la religión católica y patriarcal: ser buenas, estar siempre al servicio de los demás, poner la otra mejilla, dar, complacer. Auto-depredarse porque eso les ha enseñado la cultura.

El grave robo de la piel del alma también se puede producir de una manera más sutil por medio del robo de los recursos y el tiempo de una mujer. El mundo se siente solo y necesita el consuelo de las caderas y los pechos de las mujeres. Y lo pide con mil manos y millones de voces, nos hace señas, tira de nosotras y suplica nuestra atención [...] Pero, a no ser que se trate de una cuestión de vida o muerte, tómatelo con calma, busca tiempo para -ponerte el corsé de acero-. Deja de detenerte a cada paso para ayudar a los demás. Dedícate a la tarea de regresar a casa. (Pinkola, 2005, p. 373-374)

Entregar la piel significa ceder nuestra identidad, los sueños, nuestros propios y profundos deseos, hasta perderlos definitivamente y no diferenciar entre los de los demás y los propios. Estos depredadores demandan toda la atención, le roban a las mujeres, esposas, hijas, su tiempo, su energía, y las encarcelan a vivir de por vida al servicio de su cuidado. Las mujeres no viven su vida, por cargar con la vida de los demás.

“La falta de nuevos depósitos de energía, conocimientos, reconocimiento, ideas y emoción es la causa de que una mujer se sienta morir psíquicamente”. (Pinkola, 2005, p. 374). La depredación o el robo de la piel del alma, tiene múltiples consecuencias en la vida de las mujeres. Ellas refieren en los textos la caída al mundo subterráneo, al hades, después de haber estado lejos de casa, lejos de sí mismas.

Pasa mucho tiempo antes que una mujer tome la decisión de recuperar el camino de regreso pues están presentes el miedo, la violencia y la dependencia económica. Mientras ello sucede viven con el depredador y permiten que otras y otros sean depredados en una

cadena difícil de romper. “Casi siempre las depresiones, los tedios y las erráticas confusiones de una mujer, se deben a una vida del alma fuertemente limitada, en la que la innovación, los impulsos, y la creación están restringidos o prohibidos” (Pinkola, 2005, p.383).

“Así, mi vida empezó a transcurrir entre teteros, borrachos y empanadas. Las riñas, los vasos estallados en el piso, el tufo y las charlas a decibeles prohibidos, fueron el pan de todos los días. A veces me sorprendían las dos de la mañana sacándole los gases al bebé, recogiendo los desperdicios y despidiendo los últimos borrachos. Sin percatarme cómo, terminé bebiéndome el contenido de las botellas, buscando en el fondo algo de placer.” (Mejía Á. Mary, en Amasando mi vida, 2008, p.15).

Cuando una mujer ha estado mucho tiempo lejos de casa, su capacidad de percibir lo que siente y piensa de sí misma y de otras cosas, empieza a secarse y a agrietarse (Pinkola 2005. P. 390). Se afecta la autoestima, la toma de decisiones, la seguridad, por eso a veces tarda en encontrar el camino de regreso aunque en la mayoría de las ocasiones sabe que está perdida.

“Dicen que me volví como loca, agresiva, perdí la memoria. Me mantenían amarrada día y noche. Me llevaron curanderos que después de varios meses lograron curarme. Quedé en los puros huesos. Poco a poco me fui recuperando, aunque no del todo, porque a veces tengo lagunas y no sé en dónde estoy o para dónde voy”. (Gómez Marta A. en La pintora, 2007, p.21).

Una mujer que cede todo, que se aleja de su hogar, se convierte, en palabras de Pinkola, (2005, p. 383-384) en una niebla, después en vapor y después en un fino filamento de su yo.





4. EL REGRESO A CASA

“Quise darme una oportunidad. Decidí validar el bachillerato, hacer conciencia de mis posibilidades como mujer, e instruirme, convencida de que, definitivamente, es uno mismo quien amasa su vida, y que independiente de cuanto te grita el mundo, más feroz tiene que ser el grito que emana de ti misma”. (Mejía Á. Mary, en *Amasando mi vida*, 2008, p.16).

Pese a todo lo anterior las mujeres siempre podemos recuperar el camino de regreso como lo indica Pinkola “Sin embargo, aunque nuestras decisiones erróneas hayan sido la causa de nuestro extravío —en un lugar demasiado alejado de aquello que necesitamos—, no hay que perder la esperanza, pues el interior del alma contiene un indicador automático de ruta. Todas podemos encontrar el camino de regreso” (2005, p. 377) y eso también se deja ver en los textos de Voces y Silencios.

“Mi hija me enseñó a sumar, leer y escribir, y comencé a trabajar en el restaurante escolar del Colegio Federico Carrasquilla, donde estudian mis hijos Farid y Ana María, con buen trato, respeto y derechos”. (Carvajal C. Martha, en *Entre el amor y el odio*, 2011, p.21). Las mujeres a lo largo del tiempo entienden que merecen una mejor vida, comienzan a buscar alternativas laborales distintas y a prepararse para ellas. Regresar a casa significa recuperar los sueños, tener tiempo para sí misma, identificar los deseos propios y hacerse un mejor presente desde la conexión con ellos.

“No hay que mirar cuántas caídas he sufrido, sino cuántas veces me he parado y he seguido viviendo. Uno aprende que cada caída lo hace más fuerte para seguir

con paso más seguro, escalón por escalón, y que debe sembrar para recoger y ver una luz más clara, linda y segura” (Carvajal C. Martha, en *Entre el amor y el odio*, 2011, p.22).

“Mi meta ahora es terminar la primaria, seguir con el bachillerato, estudiar modistería y trabajar en la casa”. (Morales Z. Claudia I. en *Una jovencita que abrió su camino sola*, 2010, p.56). Las mujeres han hecho conciencia de sus derechos y empiezan a comprometerse consigo mismas, tienen claridad de sus limitaciones y posibilidades, y estudiar se convierte para la mayoría en la posibilidad de aprender y mejorar sus condiciones tanto económicas como existenciales.

“Durante todo este periodo yo me presentaba una y otra vez a la Universidad de Antioquia, pero no pasaba. Así que empecé a estudiar en el Sena, máquina plana y fileteadora para aprender otro oficio y renunciar a mi trabajo como pulidora y aseadora. Estando aún en el Sena pasé a la universidad. No sé cómo describir la felicidad tan grande que sentí, fue como si se me abrieran todas las puertas al cielo. Mi familia se preocupó inmediatamente por los gastos que iba a tener y en cómo iba a pagarlos, yo les contestaba que no importaba, que así fuera vendiendo collares o artesanías yo lograría graduarme y emplearme en lo que estudiara [...] es así como mi gran sueño de infancia está por realizarse, estoy haciendo mis prácticas académicas y me faltan cerca de ocho meses para graduarme”. (Betancur S. Jael, en *Memorias de un recorrido*, 2006, p.31).

Pinkola plantea que la salud del ego suele estar determinada por la habilidad con la que una persona mide los límites del mundo exterior, por la fortaleza de la

propia identidad, por la capacidad de distinguir el pasado, el presente y el futuro y por la coincidencia de las propias percepciones con la realidad consensual (2005, p.378).

Las mujeres contemplan la vida, juegan, recuerdan experiencias agradables, hacen conciencia, preguntan, conversan y construyen hogar, para protegerse y recuperar la piel del alma, para regresar a casa.

4.1 La contemplación una experiencia para “mantenerse en el hogar”.

Los vehículos que utilizan las mujeres para regresar a casa son muchos: la música, el arte, el bosque, la espuma del mar, el amanecer, la soledad. Todos ellos nos conducen al nutritivo mundo interior del hogar que posee sus propias ideas, su orden y su sustento. (Pinkola, 2005, p.398)

Esta categoría muestra varios tipos de contemplación: a la naturaleza o al paisaje, al dolor ajeno y a los amables recuerdos. Experiencias que permiten que las mujeres en medio de las dificultades recuperen la estética, como la posibilidad de creer que suceda lo bello, es decir, lo bueno.

Aquí utilizaremos el término hogar como lo refiere Pinkola en su libro. El hogar es la vida instintiva, lo que revitaliza el equilibrio. El hogar es un estado de ánimo continuado o una sensación que nos permite experimentar sentimientos no necesariamente manifestados en el mundo exterior: Asombro, visión, paz, liberación de las preocupaciones, de las exigencias, de los constantes parloteos. Todos estos tesoros del hogar se tienen que almacenar en la psique para su posterior utilización en el mundo de arriba... (Pinkola, 2005, p.398)

En las historias las mujeres refieren episodios importantes de contemplación:

“Un día me llevaron a conocer el mar, yo estaba muy contenta. Llevamos almuerzo, me bañé mucho, no quería salirme. Cuando llegó el atardecer me pareció algo muy bonito, el sol se veía como encima del mar. En las noches, cuando salía al balcón, yo le decía a mi mamá que Medellín parecía un poco de brasas ardiendo”. (Morales Z. Claudia I. en Una jovencita que abrió su camino sola, 2010, p.52-53).

Estos momentos son formas de estar consigo misma, que la autoafirman, que muestran su capacidad de observación, de conciencia sobre el mundo y su belleza. La capacidad de asombro, de estética, ligada a la construcción de sí. Reconoce otros lugares del mundo y allí su lugar en él, las relaciones con los demás. El mundo se le abre, le amplía la conciencia, le ayuda a ser “sujeta” y a fortalecer su identidad.

Aparecen también en las historias de las mujeres la contemplación del dolor ajeno, una sensibilidad especial hacia la naturaleza que confronta con la muerte, con la vida. Contemplar el sufrimiento ajeno, sentirlo como propio ayuda a no separarse de sí, a mantenerse en casa

“Recuerdo con tristeza a Fortunata, una ternerita de color blanco y café, la cual yo amaba. Un día la picó una culebra y esto le ocasionó un tumor grande, grande, y por el veneno no se podía consumir su carne. Mi apá decidió matarla empujándola al río y entre todos la empujamos, y cómo pesaba. Me miraba, se resistía, ella quería vivir”. (Carvajal C. Martha, en Entre el amor y el odio, 2011, p.16).



Aparece en los relatos una especie de contemplación de "los buenos" recuerdos, olores, sabores, lugares que festejan en medio de las privaciones, la posibilidad de soñar, de compartir, de tener alegrías.

"Siempre pasaba y aunque sabía que se llamaba la Universidad, no sabía que era, qué se hacía allí o si podría entrar a jugar. Me parecía un parque o un segundo Jardín Botánico, donde nos colábamos para no pagar la entrada, a disfrutar y miquear en los árboles, comer frutas, jugar a la mamacita y fantasear con la idea de vivir allí. Hasta que el ceta nos pillaba y nos sacaba, no solo de ese sitio, sino de todo el sueño". (Betancur S. Jael, en Memorias de un recorrido, 2006, p.24).

"En la casa, nos quedábamos con la pasilla, que es el residuo. La utilizábamos para tostarla y dejarla como el café de la casa, que llenaba de aromas la cocina. Un olor grabado en mi cerebro, una primera pincelada de la vida". (Gómez Marta A. en La pintora, 2007, p.18).

La memoria guarda también los momentos amables, donde la vida se cocina en aromas y ambientes que se mezclan con la cotidianidad en una especie de dulce amargo. Las mujeres observan y contemplan su propia vida y la de los demás, aprenden en este acto a ver también sus resistencias, su fuerza interior, su sensibilidad y su capacidad de sobreponerse al dolor. Permanecen en casa porque son capaces de soportar lo que ven y de ver la belleza que a veces se hace invisible ante el caos de las dificultades.

"[...] para nosotros los olores desagradables de la basura eran olores cotidianos que ya no eran tan desagradables. Por ejemplo el olor a fruta era un olor rico

que se confundía con otros. El olor de los aguacates aún hoy me recuerda un buen cazado que nos hacía mi mamá, arepa caliente con aguacate, así estuviera en la basura y se confundiera con otros olores a mí me trasportaba a la hora de llegada a casa". (Betancur S. Jael, en Memorias de un recorrido, 2006, p.28).

4.2 El juego: estrategia para mantenerse en casa

"La arteria central, el núcleo, el tronco cerebral de la vida creativa es el juego, no la corrección. El impulso de jugar es un instinto. Si no hay juego, no hay vida creativa". (Pinkola, 2005, p. 328)

En medio de los relatos de las mujeres en los que refieren lo duro del trabajo infantil, aparece el juego como resistencia, como posibilidad de risa, de diversión, de quiebre a la lógica productiva y de sobrevivencia.

"Y teníamos caballos. Nos montábamos y galopábamos por los potreros en pelo, en silla o en jalma. Yo sentía tanta felicidad, me sentía libre como el viento en aquel caballo, como Simón Bolívar". (Carvajal C. Martha, en Entre el amor y el odio, 2011, p.16).

Estas formas creativas usadas por las mujeres en la infancia permiten construir experiencias significativas y pacíficas para transformar o sobrellevar realidades adversas. El juego permite aprender, socializar, potenciar las identidades, descubrir quién se es y permanecer adentro.

"Luego de recorrer toda la plaza terminábamos en unos contenedores donde se depositaban las basuras de toda la plaza. Estar allí ya no nos daba tanta pena porque nos

encontrábamos con más niños de nuestra edad y era como una fiesta, todo un juego. Recuerdo que en una ocasión el tanque estaba repleto de quesitos; recogimos en los costales hasta llenarlos y luego nos pusimos a jugar lanzándolos a los otros niños. Fue una verdadera guerra de quesitos, estos iban y venían, y lo único que se escuchaba eran nuestras risotadas, no había forma de escapar de tal diversión. ¡Se imaginan cómo llegamos oliendo a casa!" (Betancur S. Jael, en Memorias de un recorrido, 2006, p.28).

Es evidente cómo las mujeres en todos los tiempos y momentos vitales recurren a prácticas de resistencia que se oponen al control, a la sujeción que ejerce el mercado, el sistema patriarcal, el padre, la madre, la urgencia de la sobrevivencia. La lúdica rompe el control sobre el cuerpo, el tiempo, los sueños, los roles impuestos. Permite libertad de espíritu, de agencia, de deseo, nos acerca a aquella que somos y a la que queremos ser.

4.3 La conciencia de sí.

El único medio de conservar esta esencial piel del alma consiste en mantener una exquisita y prístina conciencia de su valor y su utilidad. Pero, puesto que nadie puede mantener constantemente una profunda conciencia, nadie puede conservar por entero la piel del alma a cada momento del día y de la noche. Sin embargo, podemos cuidar de que nos la roben lo menos posible. Podemos desarrollar aquel ojo agudo que vigila las condiciones que nos rodean y defiende nuestro territorio psíquico (Pinkola, 2005, p.372)

Los relatos analizados refieren cierta claridad dolorosa cuando hablan de la vida que estaban viviendo y la que

les esperaba de no hacer algo por transformarla "Entre empanadas blancas y amarillas, sin darme cuenta, me iba haciendo mujer; amasándome yo misma, moldeándome con la confianza de que algo muy grande tenía que suceder, para librarme de éste destino ceniciento". (Mejía Á. Mary, en Amasando mi vida, 2008, p.14).


Las mujeres reconocen al depredador, saben cómo están viviendo, tienen conciencia de sus sufrimientos y de la importancia de liberarse. Sin embargo a veces la conciencia se apaga y gana el miedo; el miedo a estar sola, a no poder y por ello establecen relaciones desiguales, violentas, que les muestran una y otra vez la necesidad de defender sus deseos y proyectos.

Mientras escuchaba a mi madre gritar, comprendí que la vida no iba a ser fácil para mí. Seguramente la tragedia es un camino que se transmite de generación en generación. Cada grito, anunciaba las fuerzas que yo tendría que sacar de adentro, cada vez que la existencia me quisiera dar un puntapié. (Mejía Á. Mary, en Amasando mi vida, 2008, p.13).

Cuando se intensifica la luz también se intensifica la sombra y hay que afrontarla. Estas mujeres han estado expuestas a tanta oscuridad que ya no le temen y aprenden a "ver" (a hacer conciencia) en medio de ella.

"Yo por mi parte también despedí mi niñez. Me prohibí jugar, montarme en cuentos de hadas, pues la realidad sólo me mostraba su mejor cara de ogro. Me convencí a regañadientes que para no desaparecer tenía que enfrentar ese ogro". (Mejía Á. Mary, en Amasando mi vida, 2008, p.13).





En los relatos se observa cómo las mujeres pierden rápidamente la inocencia, rompen la ignorancia porque ven el horror y soportan lo que ven. "Una mujer puede tratar de ocultar las devastaciones de su vida, pero la pérdida de sangre, es decir, de su energía vital, no cesará hasta que identifique la verdadera condición del depredador y la reprima" (Pinkola, 2005, p. 76).

Recuperar la conciencia, abrir los ojos, implica momentos de sufrimiento, es el dolor de la lucidez. Es necesario recuperar la conciencia para liberarse y ello duele. "Logré cambiar mi destino, porque desde pequeña tuve sueños que eran vistos como lejanos e inalcanzables". (Betancur S. Jael, en Memorias de un recorrido, 2006, p.27).

"Una señora me preguntó qué me pasaba, le conté y me llevó para su casa, ella me dijo que trabajaba en un bar y que me fuera a trabajar con ella, yo le dije que no quería eso y que por favor me recomendará con alguien para trabajar en una casa de familia". (Morales Z. Claudia I. en Una jovencita que abrió su camino sola, 2010, p.54).

La conciencia guía a algunas de las mujeres para optar por otros caminos, más dignos y que comportan menos riesgos para la vida y la dignidad. En algunas historias aparece la pregunta poniendo en cuestión el abuso de los depredadores. La que se erige como puerta a la conciencia y posibilidad de comprensión.

"Pero yo veía que mi papá no me quería, me tenía rabia. Yo le preguntaba a mi mamá por qué mi papá no me quería y ella me decía que él sí me quería, pero yo veía que no porque me pegaba mucho cuando tenía 6 años". (Morales Z. Claudia I. en Una jovencita que abrió su camino sola, 2010, p.51).

Para resistir hay que tener abiertos los ojos, preguntarse por sí misma en el mundo y por el mundo, para entender, para viajar, para aprender, para identificar las opresiones, para no repetir las, para romper la sujeción de la ceguera y el silencio. Las mujeres en estos textos se mueven con las preguntas, caminan un poco más cerca de sí mismas y adquieren la comprensión de la emoción que aunque dolorosa a veces les permite quedarse dentro.

4.4 La casa real, la casa del alma, de la protección.

Para las mujeres en general la casa representa el espacio seguro, el hogar donde pueden abrigarse y protegerse no solo de las adversidades del clima sino, donde se refugian del mundo.

"El sueño de construir donde vivir quedó listo. Qué felicidad era nuestro techo de tablas, forrado en un papel negro que se llamaba fieltro, que no dejaba pasar el agua cuando llovía. El piso era de tierra y siempre teníamos en mente hacerlo de cemento. Poco a poco todo lo logramos con mucho esfuerzo. Allí nació mi hijo, dicen que no hay mal que por bien no venga. Después la vida nos enseñó que así como todo empieza también termina. Un vendaval, en un invierno, se llevó todo nuestro esfuerzo: la madera se había podrido y todo se vino abajo. Mis esperanzas quedaron igual que la poca loza que había". (Gómez Marta A. en La pintora, 2007, p.22).

Las mujeres no traen en sus relatos solo la casa de madera, traen los recuerdos de las relaciones, el afecto, por eso la pertenencia a un espacio es también la estabilización de las relaciones.

"Luego seguíamos nuestro camino hacia la casa, era un camino corto que se hacía largo con el peso de los

costales pero que valía realmente la pena porque al llegar a casa mamá nos preparaba dulces, jugos, postres y comidas deliciosas con las cosas que habíamos logrado conseguir. Estas mismas delicias se hacían para vender y se preparaban de acuerdo con lo que había dejado el recorrido de cada día. Por ejemplo, con los quesitos mi mamá hizo buñuelos y arepas de queso; con las frutas hacía jugos, cremas, postres o las vendíamos menudeadas". (Betancur S. Jael, en Memorias de un recorrido, 2006, p.28).

La casa es el hogar, pues como dice Pinkola "Cualquier cosa que revitalice el equilibrio, eso es el hogar" (2005. P. 398)

"En ese tiempo vivíamos en la casa de mi mamá que quedaba cerquita de la carretera que iba a la escuela, yo ahí me amañaba mucho porque había una quebrada cerquita y me bañaba ahí con mis hermanos. Mi papá colonizó una tierra para trabajar en ella, él abría monte y sembraba cultivos, le dijo a mi mamá que vendiera esa casa y nos fuéramos para allá. La vendieron en novecientos mil pesos y con eso mercaban mientras salía cultivo. Con despacio fuimos haciendo una casa de barro y cuando ya tenía una parte embarrada nos fuimos a vivir a allá, dormíamos en el zarzo mientras terminábamos la casa". (Morales Z. Claudia I. en Una jovencita que abrió su camino sola, 2010, p.52).

En los relatos donde hay referencia a la casa propia, las mujeres han participado literalmente en su construcción. Han puesto su trabajo, sus manos, su dinero para que ello sea posible. Para permanecer dentro es necesario tener una habitación propia.

Discusión final.

Hemos escuchado las voces y los silencios de las mujeres y con ello hemos asistido a sus múltiples muertes. Ellas despieladas, desalmadas, desterradas nos han mostrado el horror de vivir sin pertenecer a sí mismas pero también el coraje de recuperar el hogar, "la piel del alma".

Ratificamos que el principal depredador de las mujeres es la cultura patriarcal, que toma distintos rostros: el del padre que castiga, impone y encarcela los sueños; el del capitalismo que empobrece y pone la mayor carga de la sobrevivencia en ellas, obligándolas a someterse como esclavas a diversas labores; el de la competencia y la hostilidad entre mujeres, presente desde que nacemos en los medios de comunicación; y uno de los rostros más crueles, el del abuso y la violación.

Las mujeres se han narrado y hemos viajado con ellas de la mano de su palabra por diversos caminos, obligados o elegidos como única alternativa de vitalidad. Salir de la casa paterna para mantenerse consigo misma, desobedeciendo la orden del depredador, salir de casa para preservar la vida, huyendo de los actores armados, salir de casa en busca de Ítaca, con la esperanza de una mejor comida, mejor cama, mejor vida.

Los relatos nos dejaron ver también su inocencia o su desamparo al sentirse presa de un "trato a ciegas". Trato en el que ella no participó o lo hizo sin ninguna conciencia del alto precio que tendría que pagar por sentirse "protegida". En esta especie de contrato la mujer pierde su piel; es decir sus sueños, sus deseos, la sede o le es raptada y su recuperación ha de pasar por vivir una temporada no corta, en el mundo del hades.





Pero al final, siempre, siempre las mujeres encontraron el camino de regreso a casa. Regresaron por diferentes parajes: el juego que les permitió recuperar la inocencia, la risa. La contemplación para re-crear a la manera de un artista su destino, constatando en el paisaje la posibilidad de la belleza, del bien. La casa como bien primordial, piramidal para hacerse un hogar, para re-construirse a sí misma; y por sobre todas las cosas, la conciencia de sí, nacida de una profunda reflexión.

Ellas y nosotras, ellas y ustedes, ellas y yo.

Bibliografía

Alborch Carmen. Malas. Rivalidad y complicidad entre mujeres. Santillana, Madrid. Septiembre 2002.

Carrasquilla Federico. Escuchemos a los pobres. Aportes para una antropología del Pobre. Ed. Centro de investigaciones sociales. Medellín. Octubre, 1996.

Pinkola, Clarissa, Mujeres que corren con los lobos. Ed. B, S.A, Barcelona, 2005

Lagarde, Marcela. Amor y sexualidad, una mirada feminista. Curso de Verano Universidad Menéndez Pelayo, Septiembre, 2008.

Luna María Teresa, "La aproximación comprensiva a los textos, algunos problemas al plantear el análisis. Documento sin editar, Medellín, 2009.

ESCRIBIR, OTRA OCUPACIÓN DE LAS MUJERES TRABAJADORAS

Gloría Amparo Henao Medina¹

¿Hablamos el lenguaje de los hombres o el silencio de las mujeres? Mi respuesta es que hablamos ambos... o mejor dicho, perseguir estrategias de discurso que otorguen voces al silencio de las mujeres dentro, a través, contra, por encima, por debajo y más allá del lenguaje de los hombres. De ahí también la necesidad de elaborar e inventar prácticas de lenguaje en las que el género no se vea suprimido ni desmaterializado en la misma discursividad, sino reivindicado y negado al mismo tiempo, afirmado y cuestionado, deconstruido y reconstruido. (Lauretis, 2008, p.319)

Presentación.

La anterior cita deja ver la intención del presente trabajo. Se trata de alentar a mujeres del mundo empobrecido para que inventen sus formas de lenguaje, y que sus voces circulen por los lugares donde se les ha silenciado. Las mujeres trabajadoras participantes en el concurso "Voces y silencios" comparten muchos rasgos de su identidad; se caracterizan por haber sido vulneradas en sus derechos en el mundo del trabajo; por haber desempeñado tareas de baja calificación social y con insuficiente o ninguna remuneración. Puede afirmarse que se trata de mujeres explotadas laboralmente.

Cuando se hacen balances de las políticas neoliberales y las repercusiones que éstas han tenido en la vida de

las mujeres, se acuña la categoría *feminización de la pobreza*; pero es necesario explorar en la subjetividad de las mujeres trabajadoras a partir de sus narrativas, esas vivencias singulares; es necesario escuchar desde sus propias voces cómo se expresa esa categoría.

La relevancia de este seguir la huella; es decir, de esta investigación, reside en que se hace una contemplación a las narrativas de las mujeres empobrecidas, a partir de lo que han vivido en el mundo del trabajo, toda vez que se nombran y reconocen una serie de trabajos que esta cultura no les confiere ningún lugar. En ese sentido, la investigación es una suerte de denuncia; de impugnación de la manera como se han encubierto las diversas y abundantes violaciones de los derechos humanos que han sufrido las mujeres, se pretende recoger su sueño de una vida libre de violencias, miedos.

La escritura de las mujeres empobrecidas se constituye en una mediación para avanzar en su proceso de autoconciencia, de subjetivación. A la vez que se convierte en una posibilidad para dar cuenta de las desigualdades de género, permite ubicar la historia individual dentro de un sistema cultural opresivo para las mujeres, se exponen tramas que viven ellas y que hegemónicamente se han querido restringir al espacio de lo privado, pero al hacerlas públicas se exhorta a la ampliación de las perspectivas morales.

¹ Directora de la Corporación Educativa Combos. Magistra en educación y desarrollo Humano. CINDE-Universidad de Manizales.



El presente artículo da cuenta de una de las categorías emergentes en la investigación documental realizada por la Corporación Educativa Combos con las participantes en el concurso “Voces y Silencios: testimonios de mujeres trabajadoras, que tiene como objetivo *Visibilizar la situación de las mujeres en el mundo del trabajo y por medio de la autonarrativa, resignificar sus vivencias*. Dicha categoría la hemos nombrado: Escribir, otra ocupación de las mujeres trabajadoras.

Estos hallazgos responden a los objetivos planteados en el proyecto: Generar comprensiones acerca del mundo de la vida de las mujeres, en los relatos publicados por el concurso “Voces y silencios”², testimonios de mujeres trabajadoras, entre el 2006-2010. Igualmente nos propusimos rastrear en los relatos de las mujeres, algunas tendencias que nos permitan identificar relaciones, coincidencias y diferencias en sus narrativas y acercarnos a la comprensión de la relación entre el abuso sexual y la violación a los derechos laborales.

Desde las “voces y los silencios” de las mujeres, nos fue posible al equipo de investigadoras, reconocer el sentido que le dan a sus vivencias, aquellas que decidieron escribir un trayecto de su vida; en el que las heridas, la negación, el desconocimiento de sus derechos, fue noticia diaria. En el artículo se da cuenta en primer lugar, del sentido que le confieren las mujeres a la escritura de su testimonio, partiendo de categorías emergentes en las entrevistas semiestructuradas, se indagó por los procesos vividos antes, durante y después del concurso. El criterio para elegir a las mujeres a entrevistar es que hubiese sido publicado su testimonio de vida.

En segundo lugar, se hace referencia al poder de la escritura y sus aportes pedagógicos en la construcción de autonomía de las mujeres, así mismo, se da cuenta de las lecciones aprendidas para continuar cualificando el concurso.

Los libros que leíste. El miedo
 De las noches, las banquetas
 De encina, tu pasar
 Encorvado que escondías
 De todos los muchachos. Las dos oposiciones,
 Los niños, cuatro partos, mil anginas y cincuenta
 Kilogramos servidos de embarazo.
 Las bolsas de la compra.
 Las prisas y tus sueños. Tu almohada
 De espinas. Tu aprender
 De la muerte. Quirófanos, estrellas
 Las horas de cocina y el limpiar
 el pescado, cada tarde, los sábados.
 Exámenes. Mudanzas. El tacón
 Del domingo, los renglones
 Torcidos que escribías
 Trasnochando, y las veces
 Que alzaste desde el suelo, sostenidas en vilo,
 Dos arrobas de llanto.
 Todo esto está inscrito, aunque nadie lo vea,
 en ese claroscuro que revisa tu médico.
 Ya se sabe, los años...
 Sí Señor, mi esqueleto
 Ha vivido conmigo cada instante
 Y hoy me pasa factura. Pues los huesos,
 Mejor que en un diario,
 Registran nuestra historia como nadie (Castro, 2008,
 p. 199)

² Concurso llevado a cabo por la Corporación Educativa Combos y la Escuela Nacional Sindical.

1. SENTIDOS QUE LE CONFIEREN LAS MUJERES A LA ESCRITURA DE SU TESTIMONIO

1.1 "Pensé que eso podía ser bueno para mi vida".

La manera como se nombra esta categoría surge de la voz de Martha Carvajal, una de las mujeres entrevistadas; se puede inferir que el escribir, es una decisión autónoma de ellas y una vía para recuperar su memoria individual y colectiva.

"Son tantas emociones de la vida cotidiana de uno, cosas que ha tenido uno que vivir calladito, sin decir ni una sola palabra, callarlas por muchos años, hasta ver la manera de explotar, así como un petardo, como una bomba son como esos sufrimientos que estaban ahí represados en el corazón son como un círculo; pero el corazón tiene arterias, tiene venas, por todas esas partes salieron las escrituras". (M. Carvajal, comunicación personal, 2012)

El anterior fragmento de la entrevista realizada a Martha Carvajal, una de las ganadoras del primer puesto del concurso, da cuenta en su propio lenguaje de lo que plantea Empédocles (citado por Zambrano, 2005) "dividiendo bien el logos, distribuyéndolo bien por sus entrañas". El logos, entendido como una fusión entre la razón y la conciencia; el logos, se difunde por las entrañas de las mujeres, por sus pasiones y emociones; el logos se adentra en el corazón y toma forma de círculos. Las mujeres que decidieron escribir acerca de sus vidas, las que exploraron en sus entrañas, sintieron en cada parcela el dolor del "existere"; es decir, del salir de sí mismas.

¡Escribiré, abriré mis brazos, sacudiré los árboles frutales para llenar mis páginas! Escribir es dar una forma a la

experiencia, un ritmo a la temporalidad, un orden al caos, una interpretación a lo abtruso. Escribir es transformar lo azaroso en legítimo, lo gratuito en necesario, escribir es nacer de nuevo en un mundo traspasado de belleza, "donde amor no es congoja". (Castellanos, 2003, p.56)

Hay una coincidencia en la manera como Martha Carvajal expresa eso que siente por dentro y la filosófica figura de María Zambrano (2000):

El corazón en llamas, o el fuego del corazón es la metáfora, la forma en que se ha revestido en sus apariencias históricas. Pero en la terminología popular, en esa vida, que el corazón ha llevado en sus fieles territorios, el corazón no es fuego, sino que parece presentarse en símbolos espaciales: es como un espacio que dentro de la persona se abre para dar acogida a otras realidades. Lugar donde se albergan los sentimientos inextricables, que saltan por encima de los juicios y de lo que puede explicarse. (p.56)

Las mujeres se fueron asomando tímidamente a la escritura como una posibilidad para acoger otras realidades, específicamente Martha expresa la necesidad de hacer memoria, ella en la auto-narrativa acude a la figura del círculo para dar cuenta de aquellas historias que se repiten en la vida de las mujeres y en la vida de una misma mujer. Se trata de un ejercicio de memoria que por momentos y al decir de Martha, "No tenía forma de respirar". No obstante, escribir para ella se fue configurando en una acción de mucho alcance "pensé que eso podía ser bueno para mi vida".

"Inicialmente nos explicaron cómo era el concurso, yo vi un libro de la primera publicación que me enseñaron en los talleres. Entonces yo pensé que me gustaría mucho



escribir, plasmar mis memorias por medio de la escritura; que me parecía importante porque era algo que yo tenía represado en mi corazón desde hacía mucho tiempo, que daba vueltas en círculos y no tenía una forma de respirar. Yo pensé que podía respirar mis sollozos que había tenido por muchísimos años, y cosas que eran muy mías, y pensé que eso podía ser bueno para mí vida". (M. Carvajal, comunicación personal, 2012)

Las mujeres se apropiaron de otra ocupación, una ocupación que rompe con los mandatos culturales, los de estar en casa haciendo todo el trabajo reproductivo de la vida, ellas transforman ese guion cultural y escuchan otras voces internas que las animan a ocuparse de sí mismas por medio de la escritura de su testimonio; ellas dan su fe de vida y revelan los itinerarios de vulneración de los derechos que han padecido.

Al escribir, se trae la historia, los recuerdos, se reactualizan los dolores, se hace conciencia de la importancia que tuvo y que ahora tiene contarla. Las mujeres van enhebrando su historia con habilidades de costureras, en cada puntada se hace memoria. "El misterio de la escritura es el misterio de la vida" (Piñón, 2006, p.26). María Zambrano sostiene que el primer derecho que encabeza las reivindicaciones humanas es el derecho a tener memoria, a tener historia. Para las mujeres, escribir su vida es la respuesta a la necesidad de ver y ser vistas.

"Sí, con ese concurso sentí el antes y el después, y también sentí como que es bueno refrescar esas memorias, porque si uno las deja en olvido, no le puede ayudar a otra mujer, pero si uno la tiene ahí recordándola, uno es capaz de ayudar a otras mujeres. Si uno deja esas historias en el olvido y otra le cuenta a uno historias, yo ya tengo la

capacidad de escuchar, porque yo ya tengo la mía, porque si ellas vienen con un dolor y empiezo a contar la mía, yo ya lo mío lo dejo y me sirve como fuerza para escucharlas". (M. Zapata, comunicación personal, 2012)

Según Margoth, esa experiencia de escribir le permitió aumentar su autonomía, entendida como un asunto relacional. Esta concepción dista mucho de la manera como se asume la autonomía desde el patriarcado, toda vez que se hace referencia a la autosuficiencia. Para las mujeres, esa autonomía tiene rasgos de aumento de la capacidad de colaboración y de solidaridad.

El verbo decidir viene del latín "decidere" que significa: separar, cortar, restar, acabar, talar, zanjar.

"Yo escribí como tres años, yo escribí un poquito en la primera versión, escribí un poquito en la segunda versión, pero yo lo guardaba y luego de pronto me daban ganas de leerlo y lloraba y le agregaba otro poquito; o sea fue poquito lo que escribí pero lo escribí en tres años". (M. Zapata, comunicación personal, 2012)

Según las entrevistas realizadas, las mujeres toman autónomamente la decisión de escribir su testimonio. Es decir, ellas hacen la opción por separarse de sí mismas para volver a sí mismas; se zanan por dentro; se rasgan para volver integradas, abrazadas, comprendidas; se talan, se podan, se ciegan, construyen ojos para verse por dentro como las mariposas, para alejar a los depredadores y en esa medida acercarse a sí mismas.



1.2 “Si puedo recuperar mi poesía, puedo recuperar mi historia”³

Las mujeres entrevistadas dan cuenta de cómo les llegó la propuesta de escribir su testimonio de vida como trabajadoras. Ellas coinciden en que en esta decisión influyó alguna mujer significativa, ya sea la educadora que acompaña los procesos en los que participan, una vecina, la hija, o un colectivo. Se observa que para ellas es relevante la confianza, entendida como creer en la posibilidad de que algo positivo surgirá de allí. Ellas sienten confianza en las otras que les hacen la invitación a escribir acerca de su vida, al parecer es una autorización simbólica de unas con otras.

Ellas recibieron con confianza el imperativo “es-criba”, lo asumieron como una invitación a pasar por el cernidor, por el tamiz, escribir la propia vida. Es romper con lo que en ella se ha venido configurando como natural, es poner en duda lo vivido para re-significarlo, es separarse, tomar distancia para volver “distintas”.

Las mujeres, según Marcela Lagarde (2005) tenemos derecho a procesar lo que nos pasa y luego comunicarlo si hace falta (...) Mujeres autoras a la medida de seres concretos, limitados, circunstanciados, donde cada sujeto asume que su vida es el asunto más importante y que protagoniza su vida, la inventa; pues la vivencia de la vida propia es la creación más importante que alguien puede hacer (...) No se trata de hacer una biografía oficial de nuestras vidas, sino de tener la capacidad biográfica de hacerla revisando las experiencias de vida y aprendiendo en el proceso, re-significar experiencias que en un

momento pasado eran de una cierta manera, pero que el año que viene podemos interpretar de otra manera. (p.126)

Las mujeres participantes refieren que al recibir la propuesta, la primera emoción que sintieron fue miedo; miedo a que su historia no sea relevante; miedo a que sea conocida su vida, particularmente por las personas de su familia; miedo a revelar sus secretos y a volver a ser heridas.

“El miedo es la emoción política más potente y necesaria, la gran educadora de la humanidad indómita y poco de fiar” (Marina, 2007, p.10). En ese sentido, para las mujeres, tomar la decisión de escribir acerca de su propia vida, ha significado emprender un viaje al profundo ámbito del miedo; es decir, ellas anticipan un peligro. Miedo, etimológicamente significa *experimento*, *pericia*, *pirata*; según su raíz indoeuropea, riesgo y peligro tienen relación con el mundo marítimo; es una palabra asociada al riesgo, risco, o sea roca que salta en el mar y pone en peligro a quien navega. Como titulara su libro Stefan Bollmann (2007): “Las mujeres que escriben también son peligrosas”, en el entendido que son rocas que saltan con fuerza y hacen conciencia de sus fragmentos, de su arena congregada.

“En la casa mi pieza es la primera, mi cama está bajo las escaleras. Yo cuando voy a escribir, me siento en la cama, organizo la almohada, las cobijas, me pongo algo en la espalda y empiezo a escribir. La historia la escribí de una; escribí muchas cosas de una, pero en este imaginario, en esta memoria, me voy allá al sitio donde ocurren los hechos; por eso necesité mucho silencio, aproveché que

³ Frase de comunicación personal. Teresita Gallo, 2012.





era semana (la gente no respeta en los barrios con los equipos de sonido los fines de semana), necesitaba el silencio. Empecé la historia tipo 10:00 de la noche, eran las 4:30 o 5:00 y me tenía que levantar a hacer algo y dije: bueno esto llega hasta aquí”. (T. Gallo, comunicación personal, 2012)

Escribir para ellas es enfrentarse con su cartografía, volver a transitar por esos territorios existenciales poblados de espantos, de dolores pero también de fugas para ver la luz. Igualmente dejan ver cierto entusiasmo por realizar una acción de exteriorización, de ir disminuyendo la carga de las inequidades culturales padecidas y que la misma cultura, no desprovista de intereses, ha denominado *intimidación*, acuñada desde el refrán popular “la ropa sucia se lava en casa”, que tanto daño ha hecho a la vida de las mujeres.

Ellas paulatinamente van decidiendo lavar *la ropa sucia* en la plaza de la escritura y en el recinto de las páginas, en un ritual para independizarse, para vivir por su cuenta; es la búsqueda de su propio espacio vital. Es hacerse ellas mismas exteriores, esas voces de las mujeres se fueron esparciendo como una onda producida por una piedra que se arroja al lago y forma círculos de voces que se repiten como letanía, pero también como gozo de re-nacimiento.

“Llegué porque vivía en ‘Altos de la virgen’ y allá llegaron a invitarnos para que estudiáramos en una escuela donde la profesora era Nancy, y entramos a esa escuela. Con ella sentí mis primeras luces para continuar mis estudios; ella nos hizo la invitación para el primer concurso, pero yo no pude escribir en el primer concurso, porque me daba miedo tratar de contar lo que sentía según las explicaciones de lo que ella nos dio de qué era lo que teníamos que escribir”. (M. Zapata, comunicación personal, 2012)

Este éxodo interior les ha implicado a las mujeres abrazarse solitariamente, en una comprensión que les llega a través de la escritura; la metáfora de esa comprensión nos la plantea Marina (2007) es como un pulpo, emergen muchos brazos y muchos puntos emocionales y corporales que requieren del abrazo, de la caricia, del masaje para menguar el dolor; por eso en el ejercicio de escribir, las mujeres son pulpos multiplicando sus brazos para abrazarse. El mismo autor sostiene que “*El miedo tiene una estructura narrativa*”, por eso es necesario contar la propia historia. La escritura se configura como un dispositivo para tramitar los terrores íntimos.

“Cuando yo entro otra vez a los llantos y esa convivencia se había terminado, dije: ya es hora, voy a estudiar y si puedo recuperar mi poesía puedo recuperar mi historia” (T. Gallo, comunicación personal, 2012).

La decisión de escribir aumenta la angustia y al mismo tiempo la va liberando, va desatando el “nudo en el estómago”, dice la teóloga feminista Schussler (1996) “ahora mis ojos se han convertido en una parte de mí expuesta fácilmente, en riesgo, abierta a todos los viejos peligros. Ahora veo mucho mejor y me duelen los ojos” (p.15).

El saber propio de las cosas de la vida, es fruto de largos padecimientos, de larga observación, que un día se resume en un instante de lúcida visión que encuentra a veces su adecuada fórmula (...) puede brotar también, de la alegría y de la felicidad, y se dice esto porque extrañamente se deja pasar la alegría y la felicidad, el instante de dicha y de revelación de la belleza, sin extraer de ellos la debida experiencia; ese grano de saber que fecundaría toda una vida (Birulés & Rius Gatell, 2013).

1.3 "Ustedes somos nosotras"

"Sentí mucha satisfacción de ver que tantas personas lo iban a leer. Ese libro lo presté y se lo llevaron para Bogotá, y de allí me lo volvieron a mandar. Un grupo de psicólogos de ICBF vinieron y mi hijo estuvo trabajando con ellos. Trabajaron como tres meses con ellos con grupos de mujeres, de niños, niñas, jóvenes y hombres. Un señor que me felicitaba mucho por Faber Alonso, entonces él le dijo: mi mamá es escritora, y él me dijo que le enseñara mi libro y me preguntó ¿qué escribió? Historias de dolor y de la vida de uno cuando era niño -¿me lo permite conocer?" (M. Zapata, comunicación personal, 2012)

Las mujeres escritoras manifiestan su temor a lo indeleble de la escritura. En las entrevistas dan cuenta del miedo que sentían ante la posibilidad de que su historia fuera publicada, porque eso significa que les conozcan sus secretos; que las familias se enteren de sus vivencias, de los atropellos de los que fueron víctimas; algunas querían proteger a sus hijas e hijos del dolor que les causaría conocer su pasado. Pero al mismo tiempo, para algunas es motivo de orgullo saberse escritoras y publicadas en un libro que circula en sus barrios y en ámbitos nacionales e internacionales; toda vez que la Corporación se ha encargado de hacer una amplia distribución de los mismos, como una forma de denuncia de las vivencias de las mujeres y como estímulo para que otras decidan escribir su fe de vida, su testimonio.

"Voy a empezar a hablar de mi vida (...) pero pensaba que la realidad mía, lo que había vivido no era muy importante. Yo pensaba eso porque uno a veces transcurre la vida y no se pregunta si lo que vivió le gusta, simplemente vive. Entonces yo no pensaba que fuera tan

importante, sin embargo empecé a escribir y a contar mi historia y ahí me di cuenta que sí valía la pena contarla y hablar sobre ella". (D. Herrera comunicación personal, 2012)

Al escribir, las mujeres liberan su nombre propio, escribir para ellas es hacer *"una poética del nombre propio"* (Mèlich, 2010, p.53) que se encuentra profundamente enclaustrado y atrapado. Las mujeres rescatan una *"memoria peligrosa"*, es por eso que necesitaron narrar su historia y es evidente que al narrar la historia desde las entrañas de cada una, surgen ellas como centro.

"Yo me presenté porque nos contaban que iban a ser premiados los tres primeros puestos, pero a mí no me interesaba ser premiada; a mí me interesaba ya de tanto que nos habían enseñado, que alguien conociera mi historia; me interesaba que ya había conocido historias de las demás mujeres en el grupo que no habían sido escritas pero habían sido contadas, y uno prácticamente entiende eso como una historia; entonces sentí el interés no por ganar sino porque alguien se diera cuenta de mi historia". (M. Zapata, comunicación personal, 2012)

Si se tiene en cuenta que la mayoría de las mujeres que participan en el concurso y que fueron publicadas, son nombradas culturalmente como iletradas; es decir, están fuera de las letras, porque las mujeres en general, han sido apartadas del poder de las palabras, son marginadas, están como notas ocultas en la literatura, en los cánones de poder se les ha negado una voz para gritar; entonces en sus testimonios ellas gritan, son centro y periferia, son trashumantes de la invisibilidad a la presencia. El acto escritural de las mujeres es un acto de destacar los significados que le dan a sus vivencias.





[...] respecto al siglo XIX escribir era una profesión considerada impropia de la mujer, una transgresión a las normas, algo de lo cual, lejos de envanecerse, había que avergonzarse, y que hacía la vida más difícil y le añadía un suplemento de riesgo. (Bollman, 2007, p.13)

Pero también es un acto doloroso, pues la autonomía no es una vivencia abstracta, es necesario situarla desde cada sujeto social; es así como para las mujeres empobrecidas con baja escolaridad, con escasa práctica de la escritura, decidirse a escribir, es un acto significativo de autonomía y escribir les duele, tanto física como emocionalmente. Duele la mano cuando va hilvanando los trayectos existenciales en los que el padecimiento es una constante, pero ese dolor se va transformando en fuerza, en luz haciéndose en el alma.

Al decir de Lagarde (2005) la autonomía es histórica; es decir, se parte de la biografía personal con sus relatos de acceso a la cultura entendida ésta en su acepción social, como la capacidad de cultivar-se, en el ejercicio de poder, que las más de las veces, es un poder padecido, no ejercido por ellas. Sí, la autonomía es un hecho simbólico, unitivo, integrativo, cuando reconocemos y decidimos que necesitamos autonomía, estamos cambiando profundamente nuestra identidad tradicional como mujeres.

“Nancy siguió insistiéndonos que continuáramos; tampoco fui capaz. Ahí sí me puse a escribir pero era escribiendo y llorando, entonces no fui capaz de terminar y lo que escribí lo dejé. Planté el trabajo, escribí pero no lo presenté porque no me sentía capaz y tenía todavía mucho más para escribir, y como lloraba tanto porque sentí mucho dolor de escribir, pues, de recordar, paré de

escribir y dejé así, y ya cuando nos anunciaron la tercera versión entonces ahí sí ya Nancy nos había orientado más. Y no solo Nancy sino cuando eso, estábamos con Natalia y ella nos orientó mucho y nos hacía trabajos para descansar del dolor que sentíamos, porque la mayoría de mujeres tenemos un dolor que no lo queremos, que no queremos contarle a nadie, y ese dolor está interno en un silencio, y entonces Natalia y Ruby nos explicaban mucho y descansábamos mucho cuando contábamos y llorábamos de historias que contábamos; así y a veces llorábamos por nosotras mismas, y las otras lloraban por mí y yo lloraba por las otras, y así salíamos de allá, como desahogaditas. Y ahí vi que era bueno, y aprendí que lo que contábamos lo quemábamos porque no lo dejábamos ahí, así volando, entonces ya vi que era bueno contar porque sí me sanaba y ahí fue cuando me arriesgué y presenté el trabajo y salí publicada”. (M. Zapata, comunicación personal, 2012)

La formación hegemónica de las mujeres hace énfasis en la disolución en los otros, en los y las demás, por eso en muchas ocasiones las mujeres expresaron el temor que les daba ser dueñas de su historia y el miedo porque al escribir acerca de sí mismas tenían que comprometer a otras personas, a los abusadores, a quienes las explotaron y las maltrataron de muchas maneras; no obstante, deciden continuar con el ejercicio de escribir-se.

Uno de los ámbitos donde se expresa con fuerza la autonomía de las mujeres, es en la inmersión en alguna práctica artística. En este caso, algunas mujeres empobrecidas han optado por escribir. Toda vez que “La autonomía es un conjunto de procesos de poder” (Lagarde, 1999, p.13) en la medida en que ellas se ocupan de sí mismas, de su autocuidado, de procesar ese dolor que surge cuando se hace memoria, de sanar el cuerpo

mediante el masaje, las mujeres construyen poder, es una recuperación emocional.

La sociedad patriarcal tiene su manera de enlazar el deseo femenino con la realidad de este mundo, de hacerle estar en el mundo y de hacerlo funcionar, pero es una manera servil y engañosa; causa pues desorden, más diabólica que humana, más propia del infierno que del mundo. En la sociedad patriarcal, el deseo femenino es mantenido con vida y vinculado con el mundo haciendo que el lugar del Otro no esté, para una mujer, nunca vacío, poniendo siempre a alguien, a uno cualquiera en el lugar del otro. (Muraro, 1996, p.81)

Existe una relación directa entre escribir y vivir. Ser autora de la propia vida es una metáfora que abunda en la literatura feminista; en cierto sentido, esta metáfora contiene la experiencia que relataron las mujeres entrevistadas. La escritura de su testimonio les confiere una autoría-autonomía, una re-apropiación de su vida; escribir como otra ocupación de las mujeres trabajadoras del mundo empobrecido, es una recuperación de sus derechos de autoras. El relato de las otras mujeres con historias similares amplía la importancia de la propia historia, le confiere valor. La escritura y el concurso visibilizan las historias y por lo tanto a las mujeres que exponen sus identidades recónditas, les devuelve el sentido de lo vivido y su fuerza para soportarlo.

“Cuando Maribel llevó los libros yo sentí que todo el mundo iba a empezar a hablar, que me iban a censurar, a criticar, sobre todo las 24 compañeras de trabajo. Una compañera, más que compañera es amiga me dijo “doña Rosalba: ¿y usted cómo se siente?” vea, lean el libro, muchas gracias por la confianza y sin comentarios, lean

el libro y hagan de cuenta que a Rosalba Castañeda no la conocen, ni para bien, ni para mal. ¿Qué cambié? De pronto me siento más tranquila, hoy veo que la vida mía no fue tan horrible como yo me la creí, que se tomó las cosas muy en calma, de cierto modo tengo una paz interior, tanto en mí casa como en la calle, y me siento con mucho coraje, con mucho amor, soy una persona con mucho valor”. (R. Castañeda, comunicación personal, 2012)

Se recupera el valor en sí misma, se identifica la fuerza interna y se relativiza la propia historia comparándola con la de las demás. Es una suerte de confirmación íntima de que “Ustedes somos nosotras”. La colectivización de las historias les da un tono de denuncia, pero además fortalece a las mujeres para contarla y sacarla a la luz.

“Contar a las demás mujeres y hacer ver que no solamente yo vivo esas cosas en la familia, con el esposo, en los trabajos, sino que las demás mujeres sientan que eso no solamente le pasa a uno, a veces cree que solo le pasa a uno y no, eso le pasa a muchas mujeres, casi que a la mayoría, sin importar el estrato en el que vivan; es algo como contar y compartir que a muchas mujeres les pasa lo mismo”. (D. Herrera, comunicación personal, 2012)

Una de esas historias que se repiten una y otra vez en la vida de las mujeres es el abuso sexual, da la impresión que es una “epidemia”. De hecho desde ciertos enfoques de la medicina, se ha nombrado como un problema de salud pública. Generalmente en las conversaciones íntimas de las mujeres; en los talleres de autoconciencia; en las diversas estrategias de educación popular que tienen como fin propiciar que las mujeres avancen en su proceso de autoconocimiento, que sientan y expresen sus vivencias; por ejemplo, en la Corporación Educativa Combos



en ejercicios exploratorios realizados, se encuentra que el relato de abuso es altamente repetitivo, dado que de un total de 100 mujeres del equipo interdisciplinario, 90 de ellas dan cuenta de alguna experiencia de abuso.

“En mi historia está que a mí me intentó violar el hermano mayor. Yo tenía por ahí 7 años y no sabía ni siquiera qué era lo que estaba haciendo conmigo. Desgraciadamente y gracias a dios mi mamá llegó en ese momento, y aunque me ganó una pela y un maltrato de mi mamá, sin yo saber qué era lo que pasaba, me dijo que yo lo estaba provocando, que yo era una sinvergüenza y yo no sabía por qué lo estaba provocando y por qué era sinvergüenza, y me dio una pela y ya el hermano me tenía sin pantalones. Él se fue riéndose y se reía de mí cada que quería porque a mí era a la que habían cascado, ¿qué le dijo a él? Nada. Él intentó más con mis hermanas menores; ellas le dijeron a mi mamá; yo no le dije porque ella nos encontró y él intentó con las dos hermanas menores y ya era casado. Es más, la hija mayor no lo quiere, yo digo que así ella no cuente, yo tengo mis dudas, si ella no lo quiere es por algo. Él tenía 17 años cuando yo tenía 7. Por esos días él se fue a prestar servicio y yo descansé porque yo le tenía miedo. Porque yo sentía que por culpa de él mi mamá me había castigado y él se burlaba y yo le tenía miedo, porque yo creía que si él me volvía a tocar mi mamá me volvía a castigar porque yo no sabía”. (M. Zapata, comunicación personal, 2012)

Según el testimonio anterior, es recurrente el rol de las madres en las vivencias de abuso sexual de sus hijas; desconocen que se trata de un delito, de una violación a sus derechos sexuales y derechos reproductivos; se impone la propia historia toda vez que se trata de una cadena. Este tipo de violencias no son acontecimientos aislados

pero sí generan aislamiento en las mujeres. Por lo general las mujeres abusadas sexualmente guardan silencio. El concurso “voces y silencios” se viene constituyendo en una posibilidad para salir del aislamiento generado por las relaciones desiguales entre hombres y mujeres y para tramitar las relaciones con la madre.

“Yo por ejemplo en un número de 22 hermanos yo soy la numero 11, delante de mí 10. Y había un hermano que era el segundo, y yo no sé cómo recibió el poder, en la casa era lo que él dijera. Y era muy tirano, nos trataba mal, y entonces eso lo ve uno tanto en las historias, que los hermanos mayores; que los abusos, que abusan de las menores; que no es sino decirle a la mamá dale y la mamá a darle; porque le creen más a los hijos hombres que a las hijas menores. Me acuerdo de ella que de pronto iba a ser violada por un señor que era de mucha confianza y cuando ella contó, entonces la mamá la castigó a ella y al señor lo dejó como si nada, que porque era compadre o muy buena gente. Y así nos pasa a todas, que siempre le creen más al vecino o al hijo mayor que a la niña. Por lo general a los hombres”. (M. Zapata comunicación personal, 2012)

1.4 “Entregar la lágrima” porque escribir duele.

“Escribía en mi casa, en el comedor; cuando estaba sola; en el día cuando mi esposo se iba a trabajar y el niño a estudiar; escribía ahí, porque primero, uno se concentra más, no lo interrumpen y se acuerda más de los detalles, y segundo, porque uno a veces escribiendo sobre la vida de uno, se pone a llorar”. (D. Herrera comunicación personal, 2012)

A las mujeres les genera angustia el hecho de pensar en escribir. Es un temor general aunque no haya algo

tangible o visible a lo que le tengan que tener miedo; es la angustia de decidirse a re-construir narrativamente la vida, porque es volver sobre sí, y estar en la intimidad produce dolor; experimentar la soledad de lo vivido y enfrentarse nuevamente a la tristeza en ese volver a pasar por el corazón es decir, en el recordar. El llanto es una expresión de la lengua muerta. Las mujeres re-construyen cómo perdieron su lengua y el vínculo con el yo y en ese relato la recuperan; por eso lloran cuando escriben y cuando leen su historia y se dan cuenta y dan cuenta de su vieja vida.

Se trata también de correr el riesgo de hacerse públicas. Lo que les genera mayor temor, ya no es solamente la ocupación de sí mismas para sí mismas, sino de las auto-narrativas que serán leídas y comentadas por otras personas; que trascienden a lo público. Es una tarea de pasar del escrito íntimo para el desahogo, al escrito público para que otros y otras lean. Pero ellas lo hacen con la certidumbre de que algo surgirá de allí, resurgirá su voz en la plaza pública.

“Cuando ya me definí, lloraba menos y escribía más e iba escribiendo e iba recordando. Y como uno escribiendo, escribe hasta cierta parte y de pronto se devuelve a tomar otro recuerdo, de otra vez de niñas y vuelve y escribe y se va hasta por allá, y vuelve y escribe otra cosa. Ah! yo escribía mucho era de noche; entonces yo creo que por eso los muchachos ni se dieron cuenta, mientras ellos dormían yo escribía”. (M. Zapata, comunicación personal, 2012)

Hasta para escribir las mujeres empobrecidas lo hacen como a escondidas, porque no quieren ser escudriñadas ni juzgadas por los y las integrantes de su familia. En

las auto-narrativas varias coinciden en que elegían la soledad para poder escribir; algunas eran interrogadas particularmente por sus compañeros: *“¿usted qué es todo lo que escribe?”*. Puede inferirse que sienten temor a que ellas cuenten su versión de lo vivido, a ser expuestos en su ser de victimarios.

“Yo pienso que cuando a uno lo abusan sexualmente, o uno le coge odio a los hombres, o le empiezan a hacer falta los hombres... a mí no me hacen falta los hombres; no les tengo rabia porque fui capaz de convivir con el papá de mis hijas 19 años, ¿qué nos separó? Las borracheras y el maltrato de él. ¿De qué me ayudó? Ahora que me he abierto más al mundo, veo que la vida es de otra manera; que hay otras formas de vivir la vida que uno no las vivió; que uno como pareja debe tener muchas cosas en común que uno no las tuvo, tal vez en eso crecí”. (R. Castañeda, comunicación personal, 2012)

El ejercicio de escritura les posibilita a las mujeres re-significar el amor de pareja; les hace sospechar que la vida que han vivido hasta el momento de hacer conciencia, no tiene que ser así; que hay otras opciones para construir pareja; que no basta la necesidad de compañía, de manutención; que es necesario compartir horizontes de sentido; así lo manifiesta claramente Rosalba en el fragmento citado de su entrevista.

“Empecé a escribirla y a ver que sí habían cosas importantes, que sí habían cosas que a las demás mujeres les podían interesar; pero que además, habían cosas en común de las otras historias que contábamos en los grupos, sobre las violencias que se vivían en los empleos, porque yo tuve un empleo donde se vivía mucha presión... sobre las violencias intrafamiliares, lo que pasa





en la casa con el esposo cuando él quiere que uno sea el de todo y ellos no hacen nada”. (D. Herrera, comunicación personal, 2012)

Las mujeres escriben desde la lengua no desde el lenguaje, y la lengua es el cuerpo; por eso aunque son historias acerca del trabajo, todas están pasadas por el cuerpo, abuso, violación, maltrato físico, trabajo infantil. Lo que está escrito en lengua, palpita buscando el cuerpo. Los textos desde la lengua son rojo (sangre) y blanco leche (alimento); por eso los textos de las mujeres son dolorosos y esperanzadores. La lengua nombra el origen, el fundamento, la tierra; las mujeres hablan recurrentemente de la relación con lo femenino: con la madre, con otras mujeres, con la tierra; en sus textos bordean el abismo, para reunir, juntar, coser. Al decir de la profesora Martha Vélez en sus clases: “El lenguaje no basta, la lengua basta porque bastea, cose” La lengua se teje con hilos de sangre y leche, cose, bastea las rupturas, los rotos, los abismos, los vacíos, las heridas, lo rasgado. La lengua busca la vida, las relaciones, las conexiones con el cuerpo, con su dimensión primordial.

1.5 La compasión y la solidaridad entre las mujeres escritoras.

“Decir qué historia me ha impactado más es muy poquito, porque realmente todas lo impactan a uno, y por eso es bonita la escritura, porque uno se mete dentro del personaje, y yo comienzo a leerla y a uno le fluyen las emociones. En muchas partes me da risa de ciertas circunstancias que las mujeres han vivido igual que yo, y en ciertas partes siente uno esa tristeza tan grande que no puede esconder las emociones, porque cuando

uno está leyendo y está concentrada uno se mete en esa mente y vive como ese personaje; se llena de emociones; eso lo hace reír a uno, lo hace llorar; son sentimientos tan bonitos, tan valerosos y es tan valiente esa mujer que publicó sus letras”. (M. Carvajal, comunicación personal, 2012)

En las lecturas colectivas de los avances en la escritura de su testimonio, la solidaridad entre las mujeres se pone de manifiesto, tal como lo refería anteriormente Margoth: “contábamos y llorábamos de historias que contábamos así y a veces llorábamos por nosotras mismas, y las otras lloraban por mí y yo lloraba por las otras”.

Aparece la compasión entre las mujeres, la compasión tiene que ver con la emoción dolorosa que produce el dolor o sufrimiento de otra persona. Este sentimiento moral tiene tres características, en primer lugar, la creencia de que el sufrimiento no es trivial sino serio; en segundo lugar, la creencia de que la persona que está sufriendo no causó el sufrimiento mediante una falta deliberada, y, en tercer lugar, la creencia de que las posibilidades que uno tiene para el sufrir son similares a las personas que están sufriendo. Es decir, la compasión permite que nos demos cuenta de nuestros límites y vulnerabilidades comunes como seres humanos y, por tanto, requiere la creencia de una humanidad común a la que todos pertenecemos. Si con la compasión se genera en nosotros la experiencia de pertenencia a una humanidad común, el respeto no puede surgir sin esta experiencia previa. (Nussbaum, citada por González, 2004)

Las mujeres encuentran grandes similitudes en sus historias; es pan compartido el sometimiento a las múltiples violencias que una y otra vez padecen. Ellas

van descubriendo la trascendencia del dolor de cada una; comparten algunos rasgos de su identidad: ser mujeres, haber crecido en ambientes poco protectores con carencias económicas, con baja escolaridad, dependientes de las decisiones de sus familias; haber sido dominadas en todos los ámbitos de su vida, en lo afectivo, en lo erótico, en lo laboral, en sus derechos humanos; toda vez que es una constante en sus testimonios el desconocimiento de su derecho a la educación, al techo, a la alimentación, al trabajo digno y bien remunerado.

Una cosa es lo que logramos desamarrar y conquistar personalmente y otra cosa es lo que el mundo está dispuesto a reconocer (Lagarde, 1999, p. 24).

Las mujeres entrevistadas coinciden en que su participación en el concurso fue una vía para darse cuenta de quiénes eran; de sus raíces, de sus padecimientos y de sus rutas de fuga para tomar la vida en sus manos y decidir qué hacer con ella; descubren en la escritura una posibilidad de liberarse de esas cargas opresoras; es un ejercicio inicialmente íntimo de quitarse sus máscaras, de dejar de fingir estar conformes con lo que vienen siendo.

“Yo me levantaba muy temprano y empezaba a escribir antes de empezar los oficios. Cuando eso, vivía en una casa con balconcito que estaba al frente de un parquecito con tres árboles que se voleaban así con el viento. Entonces yo lo hacía casi siempre en las primeras horas de la mañana, miraba los árboles y comenzaban a pasar, como a fluir la escritura en mí, como los sucesos, ahí fue donde comencé a escribir. En la tarde no me gustaba porque estaba muy cansada; por las noches varias veces me dormía, me despertaba y me acordaba de algo y lo apuntaba para que no se me olvidara y a primera hora lo anexaba en la escritura”. (M. Carvajal, comunicación personal, 2012)

Elas hacen conciencia de su vulnerabilidad, de lo que les ha pasado y particularmente de lo que les ha pasado en su cuerpo, de las violencias sexuales, de las cargas de trabajo desiguales y extenuantes, y esa conciencia se configura de manera colectiva. Escuchar los relatos de las compañeras les ayuda a entender su propia historia y a ubicar ciertos eventos de sus vidas en la cultura patriarcal y por lo tanto asimétrica e injusta. El compartir esa condición de vulnerabilidad, les otorga cierto sentido de la compasión; ellas sienten con las otras el desgarramiento por la dignidad herida. Al decir de Jean Carles Mèlich (2010): “No hacemos memoria, al contrario, ella es la que nos hace” (p.53).

La memoria compartida entre las mujeres configura ese sentimiento de compasión, cada una va revisando sus acontecimientos a la luz de lo que narra la otra y descubren que el riesgo de padecer lo mismo es latente. Compasión que irrumpe en una pregunta colectiva femenina: ¿Qué senderos tengo que recorrer para desatar los nudos de esta historia?

La vida se queda vacía si no la llenas con una tarea peligrosa y emocionante. Y esa tarea no puede ser otra que el trabajo. El otro trabajo, el invisible, es el trabajo del alma, del espíritu, del talento, cuyos frutos cambian el mundo y lo hacen más próspero, justo y humano (Márai, 2005, p. 214).

En efecto, como lo sostiene la cita anterior, la escritura de las mujeres empobrecidas es otro trabajo, es una suerte de trabajo del alma, es una errancia que se emprende para habitar nuevamente la luz.

“Me atreví a escribir porque yo viví muchos años callada, como fingiendo, tratando de demostrar lo que



en el fondo no sentía, pero cuando empecé a ser madre comunitaria, empecé a recibir capacitaciones, eso me fue llenando ciertos vacíos y me fue dando ciertos valores, aprendí que la vida mía no era mía nada más, que era la vida de muchas personas y era la vida de muchos otros niños, y que si contaba lo que había vivido en el pasado de cierta forma me ayudaría a sanar mi herida y le servía a muchas otras personas, para que vieran que la vida no es de una, y que al compartir las vivencias así sean malucas, eso le ayuda a uno a crecer". (R. Castañeda, comunicación personal, 2012)

2. LA ESCRITURA DEL TESTIMONIO Y SUS APORTES PEDAGÓGICOS

2.1 Una vía de reafirmación y resistencia (la fuerza de la pregunta)

"Cuando yo le dije a mi papá que se había publicado un libro con mi historia, me dijo 'yo no lo puedo creer (...)' cuando él leyó la historia le dio muy duro, de ver la manera como estaba yo narrando mi vida y él quedaba en la historia como un hombre machista (...) que se había fijado siempre en el hijo hombre que había sido lo máximo, y nosotras que no nos dio estudio simplemente porque éramos mujeres. Yo vi que él se sentó y estuvo callado un rato y posteriormente estuvo lagrimeando; me dijo que sí, que era una realidad, que él no podía cambiar eso para nada, pero que yo actualmente estaba estudiando, que eso era lo que a él también le habían enseñado en su tiempo y que eso era lo que él le había enseñado a sus hijos y a las hijas. Y así se vivieron muchas emociones de parte de mi familia porque muchas no sabían ciertas historias, o ciertos trabajos o ciertas cosas a las cuales yo me había enfrentado para poder vivir". (M. Carvajal, comunicación personal, 2012)

Como se titula la obra de Rachel Fitzgerald (2011) "ella se mueve en círculos", para las mujeres empobrecidas, tomar la decisión de ocuparse de la escritura de su testimonio es un primer giro; luego, aceptar que sea publicada y ver algunos fragmentos de sus vidas impresas en un libro es otro giro, estos textos abren la conversación en familia. En la lectura del testimonio, se funda la conversación, se revelan secretos familiares, se ponen de manifiesto vivencias dolorosas que otros y otras optaron por mantener ocultas o silenciadas.

"Cuando empecé a escribir decidí contarles a mis hijos antes que se dieran cuenta por una publicación, o sea que esto me sacó tantas emociones de adentro que dije y ¿por qué me va a dar vergüenza de ellos? De todas maneras yo pensaba que sea como sea, haya pasado lo que haya pasado yo soy la mamá de ellos y merezco de ellos respeto". (M. Carvajal, comunicación personal, 2012)

Este ejercicio se constituye en un ritual de autoafirmación, de reconciliarse con lo que ha sido su vida y exponerla ante su entorno, familia, barrio, grupos en los que participan en algunos casos.

"Me siento aliviada de haber sacado eso, porque son cosas que uno nunca le cuenta a nadie, mira que en aquel trabajo tan horrible como lo tratan a uno, en la casa uno regularmente cuenta cosas muy superficiales, lo que pasó de momento, pero no lo que uno sintió. Fue un alivio muy grande haber escrito porque saca uno cosas que cree que ya están sanadas y no, no están sanadas. Cuando uno las escribe siente una tranquilidad como un descanso". (D. Herrera, comunicación personal, 2012)

Diana hace claridad en que es distinto contar los hechos pero no se avanza a dar cuenta de sus emociones,

de las afectaciones, de lo que le pasa por dentro; tal vez porque la práctica de conversar, en el sentido de acompañar el verso de la otra, se logra cuando se avanza en la capacidad de autonarrativa, de dar cuenta de lo que sucede por dentro, de trascender la descripción de una vivencia a re-significarla.

“En las relaciones en mi casa, con mi esposo, cuando empecé a escribir lo que he vivido con él, de las injusticias, todo lo que aprendí en los talleres, yo me preguntaba ¿yo estoy dejando sobrepasar el límite?, ¡No se puede!, eso me ha ayudado mucho, esas son las cosas que aprendí de la escritura de mi historia. Tener la satisfacción que lo que a uno le pasó si es importante”. (D. Herrera, comunicación personal, 2012)

Aparece la fuerza de la pregunta y surge en la medida en que se toma distancia y se plantea la posibilidad de vivir de otra manera, lo que permite analizar las historias colectivas. Es una escritura a modo de confidencia, de orientación, ruta, camino para otros/as (pedagógica-testimonial). Se configura un ciclo-círculo: Escribir para salir del silencio que enferma, escribir para sanar, escribir como testimonio para salvar a otras y escribir para socializar la resistencia. Se gana en comprensión del presente. La escritura crea una yo escritora, una nueva identidad que empodera y les confiere a las mujeres el reconocimiento público de personas significativas en sus vidas.

El testimonio...es y no es una forma “auténtica” de cultura subalterna; es y no es “narrativa oral”, es y no es “documental”, es y no es literatura; concuerda y no concuerda con el humanismo ético que manejamos como nuestra ideología profesional; afirma y reconstruye a la vez

la categoría del “sujeto” como centro de representación y protagonismo social (Beverley, citado por Restrepo, 1993, p. 101)

2.2 Escribir para “nacer por sí misma”.

“Hasta el momento que yo logré terminar, aunque uno no termina de contar la historia, yo me sentí liviana, entonces sí es una carga que uno lleva, ahora me siento liviana. Ya conozco mi historia y conozco la de las demás mujeres; me siento liberada, descanso, ya no siento el tarugo en la garganta. Todavía surgen las lágrimas pero ya no tanto. Yo por eso pienso que mis hijos no sufrieron, yo los veía llorar y les decía llore, llore bastante hasta que se le acaben las lágrimas que así descansa. De llorar tanto, de sufrir tanto y de tanta cosa me ayudó a levantar a mis hijos”. (M. Carvajal, comunicación personal, 2012).

Es la celebración de una nueva vida, una vida con mayores comprensiones, por la romería para salir de sus cautiverios, de sus prisiones reales y simbólicas, de sus estrechos horizontes que empezaban y terminaban en la cocina o en una empresa de confecciones o en las fincas o en las casa de familia donde eran empleadas domésticas. Cuando toman distancia de su vida y vuelven a ella en cada palabra escrita que trazan con temor, ellas van avanzando en su humanización; descubren la fuerza creadora de las emociones, la importancia de acompañar a sus hijos e hijas en la expresión de las mismas.

Se trata de un “nacimiento por sí mismas”, de una reformulación de sus relaciones familiares; ellas fortalecen su mirada crítica frente a las relaciones que establecen con los hombres que las rodean; revisan sus relaciones de pareja, la manera como vienen educando a hijas e hijos;



se abren a nuevas formas de vivir su sexualidad y ejercer la soberanía de su cuerpo como territorio propio.

Las mujeres al escribir y publicar su testimonio, incrementan sus niveles de conciencia, de reflexividad, sin triunfalismos. El testimonio anterior que comparte Martha Carvajal deja ver que tiene principio de realidad, que sabe que su historia por haber sido escrita no está acabada; en ese sentido, no se trata de un poder mágico o sobredimensionado, ella tiene claro que su historia continúa, que existe la posibilidad de volver a sufrir, en efecto, dice: *"Todavía surgen las lágrimas pero ya no tanto"*.

2.3 Escribir para aumentar la autoestima.

"Escribir la historia me dio fuerzas totalmente; escuchar a las mujeres me dio fuerzas para sacar la historia que tenía ahí, si ellas fueron capaces yo también lo puedo hacer, vale la pena mi historia. Llegó el día en que lo eché. Yo estaba terminando el bachillerato y les dije a mi hijo y a mi nieto que me acompañaran. Era una revancha con el hijo que iba a decirle a su papá me voy a la graduación de Tere, era una forma de decirle que no me quedé en el abuso y el maltrato". (T. Gallo, comunicación personal, 2012)

Para Teresita, según sus propias palabras, el acceso a la educación y su consecuente capacidad de escribir y hacer poesía, como lo manifiesta en anteriores citas, le devuelve la confianza en sí misma, le abre un camino a explorar en el que ha tenido logros; de hecho, ha ganado otros concursos de escritura. Su amor propio se fortalece y en esa medida toma decisiones en favor de su incremento.

"Fue inmensamente grande, primero el desahogo de uno ser capaz de escribir, y segundo, sentir uno que publican los dolores que uno ha tenido en su historia, yo me sentí una persona importante, me sentí una mujer importante. Porque a pesar de que en esa niñez fue tanto el sufrimiento y ahora después de vieja, y lo horrible de los sufrimientos de uno en la niñez y en la juventud es que uno ni siquiera sabe por qué sufre". (M. Zapata, comunicación personal, 2012)

En las palabras de Margoth vuelve a aparecer el ciclo, descubrirse como autoras de su vida y ser publicadas, esto les confiere un lugar en su mundo; se hacen ver, recuperan la "piel del alma", fundan su espacio mutuo; se trata de un "darse cuenta" que deriva en sentirse importantes. Ahora ellas saben por qué sufren y dan cuenta de sus causas y sus consecuencias.

"Yo me siento feliz, me siento contenta, la leo bien calmadamente y otras veces se la leo a mis hijos y otras veces me paro; porque como me la sé de memoria, comienzo a decirla, y ellos me dicen que mi mamá tan pinchada que se pone a leerla desde la mente y el niño que tiene 14 años me abraza y me dice: mi mamá tan linda, mi mamá es una dura, a mi mamá no le entra nada en esta vida. Ha generado admiración". (M. Carvajal, comunicación personal, 2012)

Las mujeres, en algunos casos, generan admiración en su entorno, expresan alegría, vuelven a repasar su historia, a leerse en los libros y hasta se las recitan, tal como lo dice Martha, ella siente orgullo de su capacidad de escribir-se, de ganarse el respeto de su familia.

3. LECCIONES APRENDIDAS PARA LA ESCRITURA DEL TESTIMONIO DE LAS MUJERES TRABAJADORAS DEL MUNDO EMPOBRECIDO

3.1 Los talleres inspiran y muestran una ruta.

Una de las fases del proyecto es ofrecerles a las mujeres un espacio de sensibilización frente al poder de la escritura y desarrollar ejercicios proyectivos y literarios que posibilitan el acercamiento a la historia personal. En dichos talleres se hacen lecturas colectivas de los avances y las compañeras participantes les hacen comentarios en tono de aporte a quien se decide a leer. En las entrevistas manifiestan que los talleres son muy significativos; allí reciben algunas orientaciones prácticas y se hace conciencia acerca del poder que tiene la escritura para ellas como mujeres trabajadoras.

“Los talleres fueron muy importantes, porque ahí fue donde más empuje me di a mí misma para escribir, porque Gloria Amparo nos decía, nos explicaba cómo se podía empezar a escribir una historia y uno decía sí, empecemos, empecemos con cualquier cosa. Cuando uno empieza a escribir le van surgiendo ideas y así me pasó a mí. Los talleres fueron de mucha ayuda”. (D. Herrera, comunicación personal, 2012)

En los juegos literarios desarrollados en los talleres, se van abordando elementos prácticos que les posibilitan a las mujeres encontrar rutas de narración. Al mismo tiempo, se entusiasman cuando ven los resultados de los juegos escriturales, pues en ellos se da una bella sincronía, por ejemplo, la coherencia de textos construidos colectivamente. Ellas van perdiendo el miedo a escribir, a jugar, a inventar palabras para nombrar las cosas de otras maneras.

“Los talleres fueron muy importantes, primero nos relacionamos con muchas mujeres, y todas nacemos como con un lazo, y ese lazo va haciendo como un círculo en donde todas tarde que temprano nos vamos a soltar y vamos a salir hacia afuera y vamos a decir lo que sentimos; como se dijeron en los talleres, que íbamos leyendo y diciendo lo de la una, lo de la otra, y así es como uno va dándose cuenta que eso es algo muy relativo, pero que es como una sombra que cubre a muchas mujeres y que estamos esperando como que brille la luz, que brille el sol y nos haga mirar diferente, nos haga tomar decisiones para decirnos “yo tengo que pensar en mí”. (M. Carvajal, comunicación personal, 2012)

3.2 Rol y perfil de la asesora.

El concurso les brinda la posibilidad a las mujeres de contar con una asesora para ir revisando los avances, hacer los ajustes de la forma que ellas sugieren. El rol de la asesora es de suma importancia para ellas; toda vez que se configura en una suerte de mediación entre lo que ellas han vivido y que está en el ámbito de lo íntimo y la puesta en lo público, las asesoras son ese primer enlace; es decir, esa exposición pública de su vida se va dando gradualmente, en la medida en que someten sus escritos a la lectura de la asesora, van procesando sus vivencias; les confieren significados, al tiempo que les hacen preguntas para precisar las ideas y estas preguntas funcionan como un dispositivo para ellas avanzar en la capacidad de identificar cómo llegaron a ser lo que son, siendo éste un proceso de subjetivación.

En consecuencia, las asesoras son personas que tienen capacidad de escritura; por lo general son estudiantes de comunicación, son sensibles a las realidades de las



mujeres y tienen sintonías con perspectivas feministas, esto último es muy sustancial, dado que una asesora puede reproducir los roles que la cultura hegemónica les ha asignado a las mujeres.

“La relación con la asesora fue muy buena, me ayudó mucho, cuando empezaba a leer mí escrito para ver si estaba bien, por dónde debía seguir... yo lloraba mucho; ella fue muy comprensiva, esperaba que yo me calmara; me decía que era normal que cuando uno empezaba a sacar cosas de la vida de uno tuviera esos sentimientos”. (M. Carvajal, comunicación personal, 2012)

Este testimonio también da cuenta de la calidad humana que tienen las asesoras, la capacidad de comprender sus dolores sin entrar al terreno de la consejería o de la relativización de los mismos.

3.3 La escritura temprana acerca de sí misma.

“Yo aprendí a leer sola, mi hermana era maestra pero ella llevaba a la casa mucho material a guardarlo en un baúl. Yo aprendo a leer sola viendo las imágenes y preguntando qué decía ahí; yo me aprendí la cartilla. Empecé a mirar la biblia, el libro prohibido, y veía las letras de un lado a otro y así me leí el génesis antes de entrar a la escuela. Un señor que le decían el brujo y me prestaba libros, y me dio la María de Isaac... y me iba para el cementerio a leer y a llorar. Yo sabía que en ese caso yo era una loca; mí mamá no sabía que yo leía, en la escuela era un problema porque la profesora nos enseñaba lento y yo ya sabía y me metía debajo del pupitre a leer y ella preguntaba por mí y yo le decía aquí estoy leyendo, y dijo llamé a su mamá que usted no está haciendo nada. A raíz de eso yo empiezo a decir: yo voy a hacer una escritora. Vuelven los sueños

y yo me sentaba a mirar los árboles; vivía en una finca y no tenía sino los mochos de cuadernos que ya se habían acabado, no había lápices y yo escribía en el piso, con los palos, con carbones en las paredes, yo no sé por qué no fui grafitera...y decía yo voy a ser escritora o voy a ser pianista y la gente se va a parar y me va a aplaudir. Es horrible esos sueños en una familia con modos de ser tan distinto”. (T. Gallo Teresita, comunicación personal, 2012)

Se encuentra una orientación pedagógica para el trabajo con las niñas, toda vez que las mujeres que habían tenido una práctica de la escritura antes de participar en el concurso, dan cuenta de su importancia para ir comprendiendo sus vivencias, para desahogarse, para sanarse.

“Escribía en diarios desde muy pequeñita, yo era de las que le gusta estar escribiendo en diarios, lo que le pasa a uno día a día, entonces por eso me ha gustado mucho, y me ha gustado escribir sobre lo que quiero, sobre los proyectos, me ayudó mucho, me ha gustado mucho escribir”. (D. Herrera, comunicación personal, 2012)

3.4 Escribir, una tarea pedagógica para enseñar a otras.

“Porque cuando uno es poco comunicativo escribir es una forma de desahogarse. Contra el silencio. Cuando yo vivía con el papá de mis hijas, cuando teníamos problemas yo me levantaba en la noche a la cocina a escribir y a llorar y escribía y botaba”. (R. Castañeda, comunicación personal, 2012)

Elas encuentran en la escritura una posibilidad de desahogo, de tramitar eso que les hace sufrir internamente; es así como se identifica una pista potente

para continuar fortaleciendo el trabajo de escritura con las mujeres que participan en los procesos educativos de la Corporación. Actualmente a través de lo que las educadoras del área mujer han denominado “diaria”; es decir, el femenino del diario, vienen impulsando la tarea de la escritura personal, creativa, motivando a las niñas y jóvenes para que den cuenta de manera escrita de lo que viven cada día y ellas se entusiasman creando palabras, jugando a nombrar de otra manera.

El diario es un instrumento que posibilita la autoafirmación, que construye identidades, que facilita el seguirle la pista a los deseos y las respectivas acciones, que favorece los balances personales o las autoevaluaciones. El diario puede configurarse en un instrumento de transformación personal, toda vez que en él se pone de manifiesto eso que vamos siendo, el devenir vital; proporciona elementos de análisis que indican otras rutas para tramitar emociones, como diría María Zambrano⁴: “pensar es ante todo, como raíz, como acto, descifrar lo que se siente”.

La carta personal es igualmente una vía de subjetivación, es un ejercicio íntimo que deja ver otras dimensiones de la existencia. Generalmente las cartas se constituyen en un testimonio vital, son construcción de memoria, y a este tipo de mediaciones escriturales se está recurriendo en la Corporación a partir del concurso Voces y silencios. En suma, seguir acompañando a otras mujeres para que escriban, para que den cuenta de su singularidad vital es una tarea inaplazable, ya sea desde el testimonio, el diario, la carta que en la era del internet pueden ser recreadas para que ellas puedan acceder a la nueva alfabetización de este momento histórico.

3.5 Las mujeres al escribir construyen poder.

Hacer la biografía quiere decir historizar nuestra vida, dejar de vivirla como algo natural. Se trata de asombrarnos con el asombro renacentista por la vida, es decir, con el asombro de que podamos existir en estas condiciones históricas y no en otras; lo que significa ubicar la propia historia en el espacio histórico que la comprende (...) necesitamos hacer la biografía para aprender cómo hemos sobrevivido a los conflictos y para ver que en nuestra propia experiencia tenemos una dotación impresionante de recursos para vivir pero tenemos que elaborarlos (Lagarde, 1999, p.26).

Escribir para las mujeres, simboliza la valentía de investigar acerca de sí mismas, escribir es una acción y se desobedece a la orden implícita del patriarcado, la espera. Siempre las mujeres están esperando a que se defina la política pública, a que la corte se pronuncie, a que el procurador emita el fallo, a que el partido resuelva el pliego de reivindicaciones...

Escribir es una construcción de poder, entendido éste como la capacidad de auto-transformación, de sanación; se trata del poder de crear, del poder de seguir humanizándose, del poder para servir a otras mujeres en su proceso de mutación hacia la luz. Escribir se configura en una suerte de “tecnología del yo”. Es hacer referencia a las posibilidades y vías con las que se cuentan para pensar-nos y comprender-nos; es un proceso de interiorización de las marcas de la existencia y en esa medida es la asunción de la historia como una construcción en el devenir; teniendo claro que es en espiral, se avanza, se devuelve, se

⁴ Frase extraída de un souvenir editado manualmente por la librería de las mujeres de Madrid- España



buscan atajos para recuperar algunas sendas. En algunos ámbitos de la vida, se observan evoluciones, en otros, se repiten acciones que desconciertan.

Nuestro acervo de vivencias reflexionadas desde sus significados y constituyéndolas en narrativas, nos permiten construir nuevos sentidos y a su vez nuevas vivencias.

3. 6 Escribir para ganar el concurso o la tentación de exagerar.

“Yo pensaba que el concurso era para historias como... pues yo siempre pensé que la historia mía no era buena porque era algo que le pasa a todas, que era muy normal, que el esposo no quiera colaborar con los quehaceres de la casa; yo pensaba que las historias buenas eran aquellas que dijeran fui abusada sexualmente; o sea, cosas muy graves, entre comillas más graves que las mías. Por eso yo pensaba que la historia mía no era tan buena, porque las cosas que me pasaron no eran aparentemente buenas; eso era lo que me llevaba a pensar que no era buena, que no era interesante y que las juradas no la iban a tener en cuenta para nada. Pero entonces la asesora me decía: es muy buena la historia. Hubo un momento en que pensé no presentarla, era muy corta, muy simple, ella me animó mucho a que la presentara”. (D. Herrera, comunicación personal, 2012).

En algunas respuestas de las mujeres, se evidencia la tentación de manipular su historia porque creen que

mientras más dura es, más posibilidades tienen de ganar. Algunas sienten el impulso de exagerar en sus relatos y según el siguiente testimonio, se pone de manifiesto la naturalización de la violencia. Asumen que si no hay relato de maltrato físico y violencias sexuales, su testimonio no tiene relevancia ni singularidad; esto implica que desde el concurso se elaboren claramente los criterios para definir los testimonios ganadores, dado que no se trata de una oda al sufrimiento sino de identificar esas fuerzas internas, esas prácticas de libertad que les permitieron a las mujeres empobrecidas mantenerse en pie, ganar en transformación subjetiva, revelarse al guion que las oprime.

La veracidad no tiene que ver con una comprensión intelectual sino con un sentir, con una sensación. Yo creo que esa es la principal prueba de veracidad que hay, el poder poner palabras a lo que pueda recordar, esa evocación y re-evocación de la relación primera, sí, cuando uno tiene ese sentido de veracidad intuye que puede recordar algo. (Cigarini, Muraro & Rivera, 2008, p.73)

Discusión final.

El saber está íntimamente relacionado con la emoción y la acción, es así como la experiencia de escritura de las mujeres empobrecidas se constituyó en la posibilidad de explorar sus emociones y transformar la acción toda vez que a cada emoción le sigue una acción, es por eso que al decir de Molano (2006)⁵:

“Escribir me sirvió para ver la necesidad de romper la cadena de violencia. Yo fui violentada por mis hermanos,

⁵ Ganadora del primer puesto del concurso *Voces y silencios*, en su primera versión con *La muñeca*. Texto extraído de conversación con las mujeres que se disponían a participar en la segunda versión.

yo violenté a mis hijas, mis hijas violentan a mis nietas, cuando escribí y volví a leer mi historia, sentí mucha tristeza y les propuse a mis hijas que rompiéramos la cadena, que trataran mejor a sus hijas. Que las trataran sin violencias". (P. Molano, comunicación personal)

Escribir en una acción de autoconciencia y autovaloración. En la medida en que se va escribiendo lo vivido se va cuestionando también el presente; se relacionan planos; se interroga lo que había sido normal hasta el momento; se expanden las posibilidades de vivir libres de violencias; se ponen en crisis los patrones culturales que han marcado las formas de ser mujeres y ser hombres en una cultura machista y por lo tanto injusta e inequitativa.

Se abren las posibilidades para las mujeres de expresarse desde la palabra, la creatividad, el cuerpo, en tanto se comprende que el cuerpo es su territorio soberano. Algunas mujeres dan cuenta de haber seguido escribiendo, de haber participado en concursos de poesía, de estar participando en grupos literarios o en alguna otra expresión artística, como la danza, o en el movimiento social de mujeres.

Escribir para ellas fue un camino para ingresar a su mundo interior, bajar a sus profundidades y emerger con una palabra de poder; poder que genera rupturas con la vida que hasta el momento habían vivido, ruptura que al mismo tiempo reconstruye la vivencia del cuerpo.

Escribir su testimonio les facilita a las mujeres empobrecidas comprender cómo se llevó a cabo el daño y el rompimiento de su interioridad. La subjetividad está marcada por la historia personal, por la vivencia de los

derechos, de la afectividad, del cuerpo; las violencias padecidas dejan su impronta en todos los ámbitos existenciales; la escritura les ha permitido ir cerrando sus heridas; ella entonces cumple una función terapéutica, sanadora, les confiere fuerza para transformar sus relaciones familiares e interpersonales.

El viaje por sus territorios íntimos les exige involucrarse desde sus pasiones y emociones y esa es una vía para percibir aspectos de sus historias que sin ese silencio necesario, les hubiese sido difícil percibir. Las mujeres se ubican dentro de una cultura opresiva para ellas y en esa medida desarrollan su capacidad crítica frente a la misma; ponen en cuestión lo vivido y se produce un cambio de mentalidad; se amplían las posibilidades de encuentro con las otras mujeres al compartir identidades y se establecen relaciones afectivamente positivas mediadas por la compasión.

Les ayuda a aliviar sus rabias, sus culpas, las frustraciones, las ansiedades, los dolores y esto va creando las condiciones para redimensionar la relación consigo mismas y en consecuencia con su entorno. Se re-significa la vivencia del poder; ya no es visto como el derecho natural de los hombres y de lo masculino a dominar a las mujeres y a lo femenino, sino como una fuente para fortalecer capacidades y potencialidades que visibilizan a las mujeres y les impulsa a trabajar por sus derechos.

Por todo lo anterior, se dice que las mujeres que escriben también son peligrosas, porque escribir la vida y revisar las acciones desarrolladas por actores significativos en la misma, implica un "Darse cuenta" y este darse cuenta encarna un repertorio peligroso, toda vez que se abre un diálogo con los dogmatismos religiosos que tanto





daño han hecho a las mujeres creyentes como lo son las participantes en el concurso. Ellas van relacionando lo público con lo privado, disciernen acerca de los discursos liberadores y opresivos.

Del feminismo se ve la protesta contra el varón-amor y no se ve lo demás, que es nuestro ser mujeres juntas, la práctica de relaciones entre mujeres, la posible liberación de nuestro cuerpo iniciada ya, de emociones antes bloqueadas o ancladas unívocamente en el mundo masculino, la lucha por darle al lenguaje esta alegría de las mujeres. (Cigarini, citada por Gargallo, 2004, p.15)

Las relaciones entre las mujeres están mediadas por la palabra, por la expresión de emociones, por la conversación, en el sentido de acompañar a la otra en sus versiones, en ese sentido, el concurso promueve y facilita las relaciones tanto consigo mismas como con el mundo.

Referencias

Birulés, F. & Rius Gatell, R. (2003). Pensadoras del S XX, aportaciones al pensamiento filosófico femenino 114. Recuperado de <http://www.inmujer.gob.es/areasTematicas/estudios/serieEstudios/docs/pensadorasSigloXX.pdf>

Bollmann, S., Tusquets, E. & Košutič, A. (2007). *Las mujeres que escriben también son peligrosas*. Maeva.

Castellanos, R. (2003). *Mujer que sabe latín...* Fondo de cultura económica.

Castro, J. (2008). *Mujeres invisibles*. Carme Valls Llobet. España. Editorial Debolsillo.

Cigarini, L. (1996). *La política del deseo. La diferencia femenina se hace historia*: Editorial Icaria.

Cigarini, L., Muraro, L. & Rivera, M.M. (2008). *El trabajo de las palabras. Una creación inacabada nacida de la relación entre mujeres*. Madrid. Editorial: Horas y horas.

Cixous, H. (1995). *La risa de la medusa: ensayos sobre la escritura* (Vol. 88). Anthropos.

Gargallo, F. (2004). *Ideas feministas latinoamericanas*. México^ eDF DF: Universidad de la Ciudad de México.

González, E. citando a Nussbaum. Valores básicos de la identidad europea. *En Pensar y promover valores globales en la Europa actual*. Editorial: Sonia Reverter Bañón

Lagarde, M. (2005). *Cuadernos inacabados. Para mis socias de la vida. Claves feministas para el poderío y la autonomía de las mujeres, liderazgos entrañables, la negociación del amor*. Editorial Horas y Horas. España.

Llobet, C. V. (2006). *Mujeres invisibles* (Vol. 162). Debolsillo.

Márai, S. (2005). *La mujer justa*. Barcelona: Salamandra.

Marina, J. A. (1999). *La selva del lenguaje: introducción a un diccionario de los sentimientos*. Barcelona, Editorial Anagrama.

Marina, J. A. (2006). *Anatomía del miedo: un tratado sobre la valentía*. Barcelona, Editorial Anagrama.

Mèlich, J. C. (2010). *El otro de sí mismo. Por una ética desde el cuerpo* (Vol. 4). Editorial UOC.

Muraro, L. (2006). *Citando a Zambrano. El Dios de las mujeres*. Madrid. Editores: Horas y Horas.

Piñon, N. (2006). *La seducción de la memoria*. Fondo de Cultura Económica.

Restrepo, A. (2009) *Cuadernos americanos*. N 127. (México)

Schüssler Fiorenza, E. (1996). *Pero Ella dijo: Prácticas feministas de Interpretación bíblica*. Madrid: Trotta.

Traer al mundo el mundo: objeto y objetividad a la luz de la diferencia sexual. Icaria Editorial, 1996.

Zambrano, M. (2000). *Hacia un saber sobre el alma*. Alianza Editorial.